

UNIÓN E IDENTIDAD SOCIAL.

EL MODELO ASOCIATIVO VASCO-AMERICANO EN LA HISTORIA

Por

Begoña Cava Mesa

- Doctora en Historia Moderna y Contemporánea
- Profesora titular de la Cátedra de Historia de América en la Facultad de Filosofía y Letras -Historia- de la Universidad de Deusto -Bilbao-

Lección expuesta en Bilbao
el 4 de diciembre de 2002,
en el Salón de Actos del
Archivo Foral de Bizkaia

LECCIÓN DE INGRESO
Como Amigo de Número de la
REAL SOCIEDAD BASCONGADA
DE LOS AMIGOS DEL PAIS

Por

BEGOÑA CAVA MESA

Señoras y señores, Amigos y Amigas:

Arratsaldeon guztiori. Buenas tardes a todos. Dice un acertado refrán que “es de biennacidos ser agradecidos” y estimo que me corresponde en este acto de ingreso como Amiga de Número, y antes de desarrollar mi lección, el realizar un agradecimiento público hacia aquellas personas que generosamente me vincularon a la Sociedad Bascongada hace ya algún tiempo.

Tengo que mencionar primeramente a D. Mitzel Unzueta en calidad de Director de la RSBAP y a D. Adrián Celaya como Presidente de la Comisión de Bizkaia, pues durante su ejercicio y mandato en junio del año 1995, fue cuando ingresé en la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País y recibí mi patente de Amigo Supernumerario de sus manos. Gracias a la labor desplegada por destacados miembros de la Junta en el mismo año de 1995, personas de una talla intelectual innegable, se propició la apertura de la Institución a un buen número de jóvenes profesores universitarios de la Universidad de Deusto y de la UPV, además de otros profesionales de diversos ámbitos, quienes accedimos muy gustosamente a la Sociedad, animados de entusiasmo y con el espíritu de trabajo necesario para la Institución y para la misma promoción de la Cultura del País.

Quiero recordar esta tarde de igual modo, a D. Pascual Román Polo, científico, docente e investigador y en quien se suma una gran categoría humana; fue quien ejerció la Presidencia de la Comisión de Bizkaia desde 1997 al año 2000. Gracias también a él y a otros miembros de la Comisión que presidía en aquellos días, mi candidatura fue presentada para formar parte de la Junta de la Comisión de Bizkaia. Junta Rectora a la que accedí finalmente en el año 2000, por tanto, le debo un sincero agradecimiento por facultarme y estrechar aún más mis lazos con la Bascongada. En este capítulo de gratitudes, tendría que enumerar varios nombres más y no quiero hacer de esta introducción algo demasiado prolijo, pero resulta necesario recordar a grandes Amigos con mayúsculas, Amigos de espíritu ilustrado, con inteligencia, sagacidad y elegancia que en este siglo XXI mantienen ideales y promueven a la Institución con sensibilidad, sentido del humor, bienser y bienhacer, a todos ellos quiero y debo recordar muy especialmente.

Es por tanto inexcusable la mención a mi “valedor”, D. Javier Oleaga, Amigo quien va a pronunciar las palabras de mi recepción. Una persona sobradamente conocida, jurista de prestigio como corresponde a un antiguo alumno de la Facultad de Derecho de la Universidad de Deusto, Premio D. Andrés Mañaricua de la Diputación de Bizkaia, miembro de la Comisión de Derecho Foral del País Vasco del Ilustre Colegio del Señorío de Bizkaia, Amigo vinculado muy estrechamente a la Bascongada, y entre otra serie de valores, un decidido lector entusiasta de la Historia de Bilbao. Javier Oleaga además de su personalidad, posee una seña de identidad familiar imborrable como es la de ser padre de los Oleaga, además de traer a mi memoria a su hermano, el entrañable Jesús Oleaga, Secretario Perpetuo de la Comisión Bizkaia y hasta casi vísperas de su fallecimiento, una de las personas más laboriosas, equilibradas e infatigable Amigo en las decisiones y trabajos de la Comisión.

He dejado para el final —y lo hago sin ninguna mácula de intención— mis expresiones de agradecimiento para D. Emilio Múgica, economista forjado en las directrices del Padre Bernaola, y hasta hace bien poco docente de la misma Universidad Comercial de Deusto, a la que sigue vinculado en la actualidad a través de la Fundación Bernaola. Presidente de la Comisión Rectora de Bizkaia desde el año 2000, es para mí persona “siempre grata”, que une a su visión humanista de la vida y

de la economía, un fino sentido de la ironía con inspiración netamente vergaresa. Además de su gran interés y laboriosidad por la Bascongada quiero resaltar, que en él he encontrado un gran estímulo y una excelente colaboración para la lectura de mi lección de ingreso. Según establece la norma estatutaria, realizará la salutación a la aspirante; pero creo que sus palabras como Presidente, rebasan el mero significado formalista, pues considero que Emilio Múgica representa el inestimable significado de la categoría de Amigo que da esta importante Institución a la colaboración y a la Amistad. *Mil esker* igualmente a Lorenzo Goikoetxea, jurista y Secretario de la Comisión además de Amigo.

Y ya por último, agradezco la presencia y la compañía de mi familia con su apoyo moral y la de tantos Amigos y Amigas llegados esta tarde a este acto tan emotivo, representativo de mi lección de ingreso como Socio de Número, en mi querida Bilbao, Villa en la que nació y a la que me siento muy vinculada por muy diversas razones.

Paso directamente a mi lección de ingreso, recordando que la he titulado: ***Unión e identidad social. El modelo asociativo vasco-americano en la Historia***.

A MODO DE INTRODUCCIÓN

«Aunque un vizcaino se ausente de su patria, siempre se halla en ella como encuentre paisanos suyos. Tienen entre sí tal unión, que la mayor recomendación que puede uno tener para con otro es el mero hecho de ser vizcaino, sin más diferencia entre varios de ellos para alcanzar el favor del poderoso que la mayor o menor intermediación de los lugares respectivos. El Señorío de Vizcaya, Guipúzcoa, Álava y el reino de Navarra tienen tal pacto entre sí, que algunos llaman a estos países las provincias unidas de España».

José Cadalso. "Cartas Marruecas".

Como todos ustedes conocen, la vinculación de los Vascos a la Historia de América es un tema de análisis apasionante puesto que se inscribe en la intensa relación histórica vasco-americana a lo largo de los tiempos. Un nexo histórico que ha propiciado una importante bibliografía, además de haber promovido nuevas investigaciones históricas con el apoyo indiscutible de las Instituciones vascas que por otra parte, merecen y deben incrementarse en la actualidad. Hoy mismo se sugieren nuevas lecturas historiográficas, afortunadamente mucho más objetivas, superando tópicos tradicionales, además de concitar al historiador hacia nuevos campos de investigación de interés vascoamericanista trascendiendo de la mera crónica apologetica.

Los modelos asociativos vascoamericanos en la Historia, me van a permitir mostrar en calidad de historiadora, algunas claves sobre el carácter de las asociaciones que los vascos desarrollaron en América desde el siglo XVII y demostrar cómo evolucionaron activamente en posteriores siglos, hasta llegar a la realidad asociativa de las *Euskal Etxeak* —125 en todo el mundo—, en este umbral del siglo XXI donde nos hallamos instalados.

Quisiera recordar primeramente y a modo de introducción que el carácter y las señas de **identidad** de los vascos, han sido reclamo de análisis de autores tan fundamentales como José Miguel de Barandiarán, Pierre Lhande, Julio Caro Baroja, José Miguel de Azaola, Josetxu Beriain, Jon Bilbao y Willian Douglas, entre otros autores reconocidos, quienes han tratado de definir "al vasco y a su carácter" con mayor o menor profundidad, sin incurrir en generalizaciones y estereotipos.

Hoy mismo, y por fuerza tengo que recordarlo, la misma noción de **identidad colectiva** se interpreta de muy diferentes formas, como ocurrió desde el siglo XIX, con lo que se ha producido una politización del concepto de identidad que ha proporcionado conexiones entre elementos tangibles como son: la raza, la lengua, la religión o las costumbres, que sin duda han permitido el tránsito de la conciencia de grupo étnico-cultural a la autorrepresentación de la nación como expresión moderna de la identidad política vasca.

Recuerdo con suma brevedad lo que ha estimado recientemente el sociólogo Beriain al respecto: *«la identidad no es algo dado metasocialmente sino socialmente construido»*. Por tal motivo, quiero adelantar que como punto de partida, yo misma he utilizado el concepto de **identidad social** en el sentido que toma la psicología y no pretendo debate alguno de carácter político en cuanto a identificación nacional puesto que no hay identidad exclusiva.

En psicología, se define **identidad**, como aquella *«conciencia que tiene un individuo de su pertenencia a un grupo social o a un territorio (país, región, ciudad...) con la significación emocional y valorativa que resulta de ello»*. Una identidad social que se genera al contacto de otro grupo, que le hace resaltar la pertenencia al propio y que por su misma existencia, provoca en el individuo los procesos de identificación. De manera que una de las consecuencias de dicho proceso, es un comportamiento específico en el interior del grupo (intragrupos) y entre grupos (intergrupos), de forma que el sentimiento de pertenecer a una categoría social es suficiente en el individuo para producir un comportamiento característico de esa categoría.

Según destaca Josexu Beriain (*“La identidad colectiva: vascos y navarros”*, prólogo de Andrés Ortiz-Osés) toda colectividad se construye en torno a una “relación nosotros”, en torno a una autoimagen colectiva, en torno a una autoconcepción que delimita una identidad social frente a un entorno. Toda sociedad precisa tener una idea sobre sí misma, pero esta autorrepresentación existe en medio de otras autorrepresentaciones. Como dijo Eric Hobsbawm, *«sin los otros no hay necesidad de definirnos a nosotros mismos»*. Por lo tanto el encuentro con “el otro” es la condición de posibilidad de una correcta comprensión de mi propia identidad.

De esta forma cabe recordar, cómo la identidad de los vascos en América como grupo colectivo, planteó la reflexión del historiador Jon Bilbao y el antropólogo William Douglas en *“Amerikanuak. Los Vascos en el Nuevo Mundo”*. Una obra traducida del inglés en edición de 1985, en donde se conceptualizó de manera científica una nueva lectura historiográfica —superando la lectura apologetica sobre los vascos como «grupo compacto y resistente»— para defender que los vascos actuaron con una autoconciencia de grupo —que ellos denominaron de carácter «étnico»—, lo que conlleva a que los autores forjados en la Universidad de Nevada, demuestren explícitamente el funcionamiento de los vascos en la historia de América como grupo étnico. Así se expresaron al respecto: *«Lo que nosotros tratamos de mostrar, sin embargo, no es la simple magnitud de la participación vasca en la empresa colonial del Nuevo Mundo, sino más bien el carácter de dicha participación vasca. Más concretamente queremos demostrar, que los vascos en el Nuevo Mundo, actuaron al menos en ocasiones como grupo de autoconciencia étnica. Esta conciencia se tradujo en acciones colectivas, asistencia mutua y una actitud común hacia los foráneos, además de la percepción por parte de los foráneos de que los vascos se habían establecido al margen de otros grupos hispánicos y criollos, un conjunto de acontecimientos en la historia española del Nuevo Mundo dan consistencia a esta observación»*.

Una opinión totalmente respetable, pero ciertamente sujeta a algunos matices a la hora de interpretarla históricamente puesto que además de la evidente cohesión grupal a la que el vasco ha propendido históricamente, algo de lo que vamos a dar constancia en esta lección de ingreso, igualmente puede interpretarse una integración de los mismos en la dinámica social americana a lo largo de los tiempos. Porque el elemento vasco nunca ha podido ser calificado históricamente como un colectivo social “autista”.

Según estimaba ya a comienzos de los años ochenta Julio Caro Baroja, la identidad se había interpretado de forma muy variada y advertía el eminente polígrafo que la *identitas* del latín “*identitas-identitatis*” estaba sujeta a cambios notables pues, según él mismo exponía con su teoría de los ciclos históricos, existen dos formas de interpretarla, estática o de forma dinámica. La estática hacía abstracción de las transformaciones, la dinámica ve el movimiento a que está sujeto todo aquello que estudiamos.

Recientemente Gurutz Jauregui en la conferencia impartida en la fructífera Asamblea Deliberante de la RSBAP celebrada en Hondarribia el 30 de noviembre de 2002, recordaba en su intervención, cómo la actitud «reconstruccionista» (tercera alternativa entre las actitudes “apolo-gista” y “futurista”) combinaba memoria y proyecto en los valores esenciales de la identidad cultural de nuestra sociedad vasca contemporánea.

En cualquier caso toda identidad es “dinámica”, por tanto la misma identidad vasca es sin duda variable. La identidad vasca no puede buscarse haciendo abstracciones de lo que fue o deben ser los vascos. Es una representación mutable.

Entre los códigos primordiales con que la identidad colectiva de los vascos se ha construido, está sin género de dudas «*el lugar de nacimiento, la lengua, la sangre y el estilo de vida*». Y los códigos culturales permiten establecer una relación particular con un ámbito de la realidad. Según se ha dicho «*una sociedad no está compuesta tan sólo por los individuos que la componen, por el territorio que ocupan, por las cosas que utilizan, por los actos que realizan, sino por la idea que tiene sobre sí misma*».

Entre aquellas señas de identidad en las que los vascos tradicionalmente se han visto representados deben señalarse: la procedencia, la cultura, una experiencia histórica común y la autoconsciencia de pertenecer a un grupo.

En esta aproximación del colectivo vasco también se puede resaltar un cierto sentimiento de distinción frente a “los otros”, en virtud de ciertas particularidades físicas y psicológicas.

Precisamente entre aquellas particularidades que se podrían destacar ahora, figuran por ejemplo: el amor a la tierra de origen, la fortaleza física, la laboriosidad, la lealtad, energía y bravura, un espíritu universal, su inclinación hacia la aventura, un espíritu emprendedor, las firmes creencias religiosas, la nobleza de carácter, el señorío y la tenacidad, su recitud, la sinceridad y entre todas, la búsqueda de libertad además de reconocer a un vasco como hombre de acción individual que busca por otra parte la cohesión del grupo.

Son estas señas, imágenes de una colectividad, que se han denominado con toda razón “representaciones colectivas” acerca del carácter general del vasco en su conjunto.

Pero según remarcaba oportunamente José Luis Pinillos hace algún tiempo, los estereotipos desempeñan una función importante en la vida colectiva, en la medida en que expresan y difunden actitudes que luego influyen en los comportamientos.

Forjados por mitos y por modos de “ser y estar”, también los valores en negativo, sirven para evidenciar sin prejuicios, aquellas señas de identidad del carácter de los vascos.

Así por ejemplo, se dice de los vascos que fueron considerados «*feroces y en permanente bandería, agrestes e intratables*» —calificativos que nacieron del testimonio de Estrabón hace 2000 años—, y así permanecieron como característica definitoria de los vascos en la historia del medioevo, los vascos como hombres feroces resistentes a la ocupación, y defensores con empeño de su tierra y libertades.

Pero igualmente, parece obligado recordar ahora algunas de aquellas cualidades que se mencionan de los vizcainos en los parlamentos de Covarrubias y Horozco, autor y gramático, a la vez que capellán de Felipe III. Según comprobamos Sebastián de Covarrubias destinó a los “vizcainos” un rosario de virtudes que hermosearon su imagen. Evidentemente corresponden a juicios de valor de un determinado “tempo”, formando parte del imaginario de aquellos caracteres, afortunadamente mutables, de la identidad colectiva del vasco que representan valores modificables por razón del subjetivismo y las estimaciones surgidas en muy diferente momento histórico.

Así se menciona de los vizcainos estos juicios de valor en los que se anuncia un cambio cualitativo importante sobre el carácter general de los vascos en el siglo XVII. De esta forma se dice que:

«Agora se han reducido a valentía hidalga y noble, y por ello los vizcainos son grandes soldados por tierra y por mar, y en letras y en materia de gobierno y cuenta y razón, aventajados a todos los demás de España. Son muy fieles, sufridos y perseverantes en el trabajo. Gente limpiísima que no han admitido en su provincia hombres extranjeros ni mal nacidos».

Como se puede interpretar son rasgos que pueden atribuirse sin

duda alguna al carácter de los vascos pero que también pueden ser generalizables a otros pueblos como señas de identidad social. Recabo la atención de todos ustedes —incluso con cierto sentido del humor—, a la hora de poner especial énfasis en la afirmación de «*gente limpiísima*», remarcada por Covarrubias, para evidenciar no propiamente la calidad higiénica de los vizcainos del siglo XVII, sino la identificación superlativa de la tan traída y llevada “limpieza de sangre” que un vizcaino reivindicaba con ardor en el siglo XVII, por ejemplo, en la misma obtención de licencia de embarque que posibilitara su paso a Indias como emigrante.

De igual modo, entre los rasgos definatorios que tradicionalmente se atribuyeron a los vascos, retomo aquel estereotipo de la timidez parlante o el mismo perjuicio existente sobre la «*oscuridad expresiva del vizcaino*». Es éste un referente clásico de la propia literatura española, que rubrica una rusticidad y aldeanismo que se proyecta en las peculiaridades lingüísticas del vasco. Un estereotipo que explotaron los escritores clásicos del Siglo de Oro en sus obras y cuya manifestación más expresiva se recrea en el arquetipo literario del «*escudero vizcaino*». Una lectura tópica que se muestra evidente en el fragmento ilustrativo que he recogido de “*La casa de los celos*” de D. Miguel de Cervantes, y que muestra junto a la peculiar construcción gramatical vasca, una lectura cualitativamente tópica que no comparto —como creo que les puede ocurrir a todos Uds.—, y que debe ser asumida igualmente con cierta dosis de sentido del humor por todos los vizcainos. Dice así el fragmento:

«*Bien es que sepas que yó
Buenos consejós te doy
Que por Jaungoicoa soy
Vizcaino, burro nó*»

Esta referencia cervantina puede tener su réplica a través del también dramaturgo Tirso de Molina, quien desde otra lectura lingüística, pone en boca de D. Diego López de Haro, fundador de la Villa de Bilbao y valedor de la Reina María de Molina en su obra “*La prudencia en la mujer*”, esta conocida afirmación sobre la parquedad retórica vasca:

*«Infantes, si la lengua iguala al brío
intérprete es, la espada del valiente
el hierro, es vizcaino, que os encargo
corto en palabras, pero en obras largo»*

Por lo dicho hasta este momento, hay que reconocer que muy diversas fuentes y autores han abusado subjetivamente de argumentos y estereotipos sobre proyecciones colectivas que la historia y la psicología han demostrado que no son fiables, dando pauta de réplica frente a mistificaciones sin ningún valor científico.

El que un pueblo tenga un carácter determinado no significa que sus miembros estén cortados por el mismo patrón, *«el carácter colectivo de variantes modula, pero no anula las diferencias individuales de sus miembros, ni excluye la existencia»* (J. L. Pinillos). Al respecto también podemos recordar lo que se apuntó por otros autores al indicar que a los vascos se les ha atribuido rasgos tan compatibles como dinamismo y melancolía, gregarismo e individualismo, espíritu emprendedor y timidez, particularismo y espíritu universal, inteligencia y cerrazón, o intolerancia frente a flexibilidad.

En definitiva, estimo que las representaciones colectivas acerca del carácter general de los vascos, han sido construidas a lo largo de los tiempos y en su mayor parte recreando una imagen estática. Si se acepta la identidad dinámica lo único que se hace es aceptar que la identidad social está sujeta a cambios. Quizás la cuestión que ha planteado mayor dificultad a un buen número de estudiosos es precisamente la de descifrar esos cambios en función de lo que se dice idéntico a sí mismo, es decir en este caso a lo vasco.

Veamos por tanto algunas de *«esas señas de identidad fundamentalmente de signo social»* desde la óptica de la presencia vasca en la Historia de América como referentes para establecer su cohesión como colectivo.

Uno de los principios fundamentales de **la identidad de un colectivo social** es sin género de dudas **el idioma**.

Parece oportuno destacar de la mano de la historia a la que nos remontamos, cómo para un vasco del siglo XVI junto a la hidalguía universal y la limpieza de sangre, **la lengua** fue y sigue siendo hoy mismo, uno de los lazos en la formulación de la identidad vasca. Si cumplió ese

definitivo papel en los vascoamericanos del siglo XVI y siglo XVII, no lo conocemos con toda exactitud. Pero tenemos constancia por ejemplo y con precisión histórica que el ilustre durangués Fray Juan de Zumárraga, primer obispo de México a comienzos del siglo XVI, escribió una regular correspondencia desde México, conservándose unas 16 cartas (A.G. I. de Sevilla, Justicia, legajo 1011) entre las cuales figura una carta a su hermana escrita íntegramente en euskera hacia 1537. De igual forma se puede subrayar, que también en la correspondencia privada de algunos emigrantes vascos en América, con cierta frecuencia se alternan en las cartas escritas en castellano varias expresiones y pequeños retazos en lengua vasca. En este sentido Jonathan Israel (*"Razas, clases sociales y vida política en México colonial. 1610-1670"*), ha escrito que, según parece, entre los vascongados residentes en el Virreinato mexicano en el siglo XVII, la lengua original había sido sustituida por el castellano, y muy especialmente la castellanización se habría operado en aquella comunidad social mexicana denominada como «gente de razón», es decir, aquella clase blanca, respetable y de alta consideración que en el siglo XVII correspondía al estrato de comerciantes, funcionarios, hacendados y mineros entre los que se ubicaron los de igual estrato de origen indiscutiblemente vasco. Sin embargo, debo recordar y no parece ser una casualidad, que pese a la progresiva castellanización de los emigrantes vascos y de los grupos de segunda generación, no deja de sorprendernos que la edición de la obra del polifacético Baltasar de Echabe *"Discursos de la antigüedad de la lengua cántabra Bascongada"* precisamente fuera publicada en México en el año 1607. (Obra de la que se conserva un ejemplar de la edición de 1607 en la Biblioteca Foral de la Diputación de Bizkaia, e igualmente existe nueva edición facsimilar de 1874 realizada a expensas de otro vasco acaudalado, D. Mariano de Zabálburu.) Edición impresa de indiscutible valor en la que entre otras cuestiones el zumayés Echabe, por entonces vecino de México, no sólo deploraba el olvido de la lengua vernácula: «no hay memoria de ella... de todo punto se desnaturalizan de esta su patria y parentela... vuestra virtud mengua, vuestra antigua nobleza cae...», sino que en defensa de la lengua de origen, indicaba cómo debía ser tema preferente la transmisión de la costumbre de hablar la lengua materna a los hijos de las familias vascas aunque estos fueran ya nacidos en las Indias Occidentales. Para Echabe la lengua era sin duda, uno de los signos determinantes en la transmisión cultural de los vascos en México: «por mí os honran y conocen, por mí valéis y por dexarme os perderéis».

No obstante a la lengua, parece que otros factores culturales y étnicos se mantuvieron con importancia entre los vascos en México, Perú, Cuba o Río de la Plata. Según remarcan nuevamente las fuentes del siglo XVII, los vascos no sólo demuestran un orgullo de procedencia (Echabe) que incuestionablemente propicia en su seno empatía, sino lazos de amistad y relación estrecha en actividades socioeconómicas que despliegan oportunamente a muy diversos niveles. Un proceso afortunadamente registrado en fuentes documentales como matrículas de comerciantes, protocolos notariales, testamentarias, legados, avales, etc. Una práctica de relación con evidente tendencia de apoyo mutuo con el objeto de salir adelante en lo económico y que reforzaron los vínculos cotidianos además de jurídicos.

Nos es conocido que en el mismo siglo XVI y sin esperar al siglo XVIII, funcionó en las Indias un sistema de alianzas matrimoniales entre vascos de elite, como fórmula de mantenimiento de la cohesión de grupo social de linaje y status, que a la vez permitía que sus miembros se beneficiaran de la protección que igualmente favorecía el no perder las raíces que les ligaban con las tierras de origen. Un entramado social que perduró con las sucesivas generaciones de criollos de origen vascoamericano y que podría desarrollar con numerosos ejemplos de familias de empresarios y comerciantes en el siglo XVIII y descendientes como los Castañiza, Aldaco, Fagoaga, Echauri, Yraeta, Alzaga, Basabilbaso, sin tener que recurrir a los referentes de las "llamadas" o "reclamos familiares", una circunstancia repetida en América con el entronque de origen y nexo familiar más que evidente, como proceso observable también, entre numerosos jóvenes vascos en el flujo de la emigración más contemporánea.

Es necesario por tanto admitir, que en el contexto americano, las comunidades vascas, como ocurrirá posteriormente con las constituidas por gallegos y canarios, se establecerán tempranamente como grupos de interés, en virtud de aquella realidad visible de lazos debilitados por su traslado al Nuevo Mundo. Un proceso que motiva un déficit del sentimiento de origen, que a su vez promueve la creación de asociaciones voluntarias con organización básica de comunicación, mecanismos de decisión, socialización, e ideología.

Queda por tanto a precisar en que medida los vascos se sentían un grupo **unido** y con cierta **cohesión grupal** en las Indias Occidentales desde el tiempo de la colonia. Por tanto, es necesario remontarnos de nuevo, a través del hilo conductor de la propia historia vascoamericana.

UNIÓN Y COHESIÓN EN LA HISTORIA

«Salen mucho al mar por tener muchos puertos y muchas naves construidas con poquísimo gasto, por la gran cantidad de robles y hierro que poseen. Por otra parte, la poca extensión de la región y el gran número de gentes que la habita les obliga a salir fuera para ganarse la vida».

Andréa Navagero. "Viaje por España y Francia". 1563
(Opera Omnia. 1718).

La condición de vasco y "la identidad social" de grupo, permite situar a los vizcainos muy tempranamente en aquellos ámbitos peninsulares del sur de la península, fuera del marco del País Vasco, espacios fundamentales por otra parte, en la exploración marina africana y la colonización americana desde el siglo XV. De este modo, Sevilla, Cádiz, Sanlúcar de Barrameda y hasta Canarias serán decisivos enclaves en el asentamiento de los vascos en función de su vinculación con el Descubrimiento del Nuevo Mundo. Es bien sabido que su presencia como colonia minoritaria en la Baja Andalucía se podría remontar a los tiempos de Fernando III el Santo y al reinado de Alfonso X, monarcas que favorecieron notablemente la presencia de los vascos como expertos mareantes en el Mediterráneo Atlántico, dada su participación cualificada en la construcción naval que se realizaba en los astilleros de Andalucía. Igualmente conocemos por documentadas referencias históricas medievales, que la colonia vasca se había asentado progresivamente en Sevilla a ritmo de su experimentada labor en la pesca de salazón, como transportistas, pilotos y maestros de naos, además de ser excelentes constructores en las atarazanas. Con preferencia se sitúan en el barrio sevillano de la Mar, cercano al célebre Arenal de Sevilla, una presencia que se incrementará cuantitativamente tras el éxito colombino de 1492.

Nos son conocidas también las colonias vascas ubicadas en los principales puertos andaluces del siglo XV, Cádiz, Sanlúcar de Barrameda, Puerto de Santa María y Huelva.

Ámbitos del sur peninsular en donde se integran socialmente, pero es bien cierto —y debe señalarse rigurosamente— mantienen su *identitas*

según han señalado varios autores. Fue por tanto muy frecuente entre los "vizcainos" del siglo XV y XVI, el mantenimiento de los vínculos con la tierra de origen, de la lengua y del hermanamiento grupal con el objeto de constituir asociaciones para logros culturales, cubrir móviles religioso-benéficos y sin duda alguna, estrechar lazos profesionales en defensa de sus intereses.

Lazos y cohesión de grupo que se manifiestan con personalidad propia pero que no impiden su adaptación e integración en la sociedad sevillana y Bajo Andaluza. A los vascos tras el Descubrimiento de 1492 los hallamos residiendo en torno a la calle sevillana de Castro, enseguida denominada como "calle de los Vizcainos". De igual modo su actividad se diversifica en labores burocráticas, negocios comerciales, funciones eclesiásticas, y hasta despliegan una participación muy activa en cargos institucionales y municipales de la que dan fe las mismas Actas capitulares de dichas poblaciones. En definitiva, su asentamiento, dedicación y laboriosidad obtienen, asimismo, un reconocimiento social destacado, una impronta que tiende a proyectarse en la dimensión americana del primer tiempo del proceso antillano.

De su cohesión y solidaridad como grupo en calidad asociativa pueden ya señalarse ciertas evidencias. Algunas firmemente vinculadas a la religión y a la práctica del culto y las devociones de Vírgenes, Santos, junto a la celebración de fiestas religiosas comunes. Como se aprecia, es más que evidente que destaque, que **la religión** compone un poderoso factor de unión en la vertebración del asociacionismo vasco de etapa temprana.

Salvo por su formulación como asociación gremial, podría igualmente encajar como un modelo altamente representativo el **Colegio de pilotos de Cádiz**. Aunque los orígenes parecen haber sido estatutariamente configurados en el siglo XIV, hallamos al Colegio plenamente constituido como entidad gremial en el siglo XV. Fiel a la práctica benéfico-religiosa, común a otro tipo de asociaciones que en el futuro irán surgiendo, el Colegio se responsabiliza en la entrega de una parte de sus beneficios como dotación económica para fines culturales, de beneficencia, además del sostenimiento de la capilla de la Virgen de las Angustias que el mismo Colegio mantenía en la primitiva catedral de Cádiz.

Podríamos decir que en los dos ejemplos que destacamos, se asume cierta calidad litúrgica y se ritualiza el culto común de los vascos como actividad de grupo.

En esta misma actitud asociativa con el poderoso aglutinante de la religión se sitúa de nuevo a los vascos de Sevilla, quienes fundan en 1540 **la Cofradía de Nuestra Señora de la Piedad**, más conocida incluso por la denominación de **“La Congregación de los Vizcainos”**. Su sede se situó en el antiguo convento de San Francisco y muchas de sus características nos han llegado gracias a las fuentes que J. Garmendia Arruabarrena ha recopilado con detalle y trasmite con precisión histórica incuestionable. De esta forma sabemos que únicamente podían formar parte de la Congregación los guipuzcoanos y vizcainos, pues los alaveses y navarros quedaron excluidos de la misma. Con independencia de las actividades religiosas que la hermandad llevó a cabo, nos merece especial atención la labor gremial y de cohesión que desarrollaba, pues por encima de todo se destaca la defensa de sus intereses económicos. Entre otras muchas cuestiones de interés en las que ahora no puedo detenerme, resalta una defensa sistemática del monopolio de exportación del “fierro vasco” a las Indias, producto obligado entre otros industriales (textiles, papel, azogue, etc.) que siempre transportaban en sus bodegas, desde el siglo XVI, las flotas mercantes con destino al mercado americano y que responde a la estrecha sintonía de los comerciantes vascosevillanos con los intereses de la producción ferrona vasca.

La Congregación fue, sin género de dudas, un valioso instrumento para incrementar el poder e influencia de los vascos en la vida económica de la ciudad de Sevilla. Mantuvo siempre con rigor la vigilancia en defensa de los privilegios y exenciones de sus congregantes y como era de esperar, a su frente, en alternancia de poder, se situaron vizcainos y guipuzcoanos en calidad de mayordomos con una vitalidad envidiable en actividades diversas, siempre compatibles con sus intereses privados. Igualmente se atendía al culto, como se administraban los bienes y capellanías, como se creaban patronatos. Es también conocida su gran labor mediadora atendiendo en pleno siglo XVI a la redención de los cautivos en Argel, una finalidad a la que siempre prestó especial atención. En definitiva, una de las asociaciones con gran carisma de los vizcainos fuera de Euskalherria que mantuvo objetivos estatutarios y promovió redes de apoyo para encauzar decisiones en los órganos de control del

tráfico sevillano a través de sus distinguidos mayordomos. La Congregación cesará en sus principales funciones al llegar a Sevilla la invasión francesa de 1810, sin embargo debe recordarse su valor paradigmático puesto que sus fines y estructura van a servir de modelo de referencia para algunas de las Cofradías vascoamericanas que fueron surgiendo en América (esencialmente las nacidas en el siglo XVI y XVII en villas mineras, capitales virreinales como Lima y México o más tardíamente las nacidas en Buenos Aires y Montevideo ya en pleno siglo XVIII).

El sentido de **solidaridad** que se manifestó en estas asociaciones fue incrementándose con el paso del tiempo, así que no es de extrañar que junto a **la conciencia de grupo** inherente a los modelos asociativos, fuera madurando igualmente al otro lado del Atlántico como valor añadido, una labor de apoyo gracias o en virtud del flujo incrementado de la emigración de los vascos hacia América. Con los incrementos numéricos de la emigración de los vascos a las Indias y su destacada vitalidad, poco a poco se fue entretejiendo una red que permitió a los vizcainos desde el siglo XVI ganar parcelas de poder desde donde poder participar en diferentes actividades económicas, políticas y hasta religiosas. Es más, resulta muy difícil en los siglos XVII y XVIII no encontrar a un vasco en puestos de gran responsabilidad en los distintos ámbitos de la sociedad peninsular y americana.

Una presencia que fue manifestándose a lo largo del siglo XVII y XVIII en cuanto a **cohesión de grupo de poder** y en cuanto adscripción al estrato de la **elite colonial**; un evidente proceso afianzado en la realidad cotidiana de América que queda magníficamente reflejado en este fragmento de las "*Cartas Marruecas*" del perspicaz ilustrado José Cadalso —carta XXVI— y en la que se da sobrada cuenta del sentimiento del colectivo vasco igualmente en su dimensión vasco-americana:

«En efecto, los cántabros, entendiendo por este nombre a todos los que hablan el idioma vizcaino, son unos pueblos sencillos y de notoria probidad. Fueron los primeros marineros de Europa y han mantenido siempre la fama de excelentes hombres de mar. Su país áspero, tiene una población numerosísima que no parece disminuirse con las continuas colonias que envía a América. Aunque un

vizcaino se ausente de su patria, siempre se halla en ella como encuentre paisanos suyos. Tienen entre sí tal unión, que la mayor recomendación que puede uno tener para con otro es el mero hecho de ser vizcaino, sin más diferencia entre varios de ellos para alcanzar el favor del poderoso que la mayor o menor intermediación de los lugares respectivos. El Señorío de Vizcaya, Guipúzcoa, Alava y el reino de Navarra tienen tal pacto entre sí, que algunos llaman a estos países las provincias unidas de España».

Después de lo dicho creo innecesario volver a recordar que desde el Descubrimiento el flujo de vascos y su impronta en el Nuevo Continente ha sido una realidad histórica incuestionable. Si bien es cierto que su presencia cuantitativamente hablando fue minoritaria en un principio, la emigración fue incrementándose numéricamente a lo largo de los siglos XVII y XVIII.

Los emigrantes vascos se establecieron con prioridad en los dos grandes Virreinos del siglo XVI: México y Perú. Pero de igual modo Cuba y su capital La Habana, significaron un reclamo atractivo para el asentamiento temporal o definitivo de vascos durante todo el periodo colonial, permaneciendo incluso como grupo de calidad notoria hasta el mismo proceso histórico final del año 1898. En pleno siglo XVIII, Venezuela y el Río de la Plata fueron también destinos preferentes de la emigración vasca en general, pero lograrán reforzarse como espacios de especial interés para una nueva remesa de emigrantes llegado el siglo XIX y consumado el proceso independentista de las nuevas Repúblicas con su antigua Metrópoli (promoviendo las denominadas emigración permanente y emigración "golondrina").

Como la historiografía ha señalado, la actividad de los vascos tras la primera etapa de conquista y colonización en la que participaron activamente, fue con preferencia la de **mineros y comerciantes**. Nos es conocida la opción favorita de asentamiento vasco en México capital, pero de igual modo los situamos en las regiones del Noroccidente mexicano que constituyeron un ámbito de interés económico para el emigrante desde el mismo siglo XVI. Su presencia se visualiza en diferentes conquistas y expansión minera promovidas por el tristemente célebre D. Nuño de Guzmán, Presidente de la Primera Audiencia Mexicana y luego excomulgado por Fray Juan de Zumárraga, además de pasar a la Historia

mexicana por un claroscuro impregnado en numerosas hazañas, crueldades, corruptelas y vilezas.

Desde 1528 aquel espacio de frontera entre civilización y barbarie por la resistencia de sus grupos indígenas, los belicosos y audaces chichimecas, fue ganado por contingentes vascos a golpe de espada y expansión de la cruz, bautizando aquel extenso territorio como las gobernaciones de la Nueva Galicia y Nueva Vizcaya. Un dominio espacial vastísimo, en donde los Oñate, fundaron Guadalajara entre otras muchas poblaciones; espacio mexicano en donde un buen número de vizcainos en denominación genérica, a través de una epopeya de expansión extremadamente tenaz, combatieron por el asentamiento definitivo frente a los hostiles indígenas confederados en la guerra del Mixtón. La sucesión de toponimia vasca y la enumeración descriptiva de los hechos y méritos de los principales colonizadores de origen vasco en esta irradiación hacia el norte sería muy extensa, y no es tema que nos ocupe en esta oportunidad, pero baste mencionar a figuras tan emblemáticas como Juan de Tolosa, Diego de Ibarra, Sancho Ortiz de Zúñiga, Jerónimo de Arceñiega, el mismo Juan de Zaldivar entre otros muchos, todos ellos representativos de una actitud colonizadora en la que se imprime carácter a través de la fundación de ciudades como Jalisco y en 1546 como promotores de la fundación de la capital del rico distrito argentífero de Zacatecas. Nuevos linajes de vascos en el fin del siglo XVI, radicados en tierra mexicana, que se manifiestan y se revitalizan con enlaces matrimoniales sucesivos con miembros de la burocracia colonial y con la elite de la nobleza novohispana. De esta forma, padres e hijos, compartieron la pasión por la exploración, el dominio de las nuevas tierras y la habilidad para triunfar en las empresas productivas, que finalmente se tradujeron de manera muy arriesgada en más de un caso, hacia la total quiebra de su salud, fortuna y patrimonio. Finalmente sirva el recuerdo testimonial de estas epopeyas en la emblemática de Francisco de Ibarra y sus huestes, en un alto porcentaje de origen vasconavarro, quienes realizaron la culminación de la exploración y conquista de la Nueva Vizcaya y Nuevo México entre 1554-1574, extensiones que hoy comprenden los actuales estados mexicanos de Durango, Chihuahua, Sonora, Sinaloa y Coahuila.

A lo largo del proceso de colonización americana, asistimos durante el siglo XVI a cambios sustanciales que implicaron una reafirmación

de control regio frente a las tendencias personalistas y feudales de los conquistadores. Extinguidas las encomiendas y restringidas las mercedes de tierras, quedaron muchos vascos a merced de otros cauces de ascenso socioeconómico. La Iglesia, la Administración y el comercio fueron vías de prestigio en las que se aseguraba su reconocimiento social. Nos son conocidos los diez clérigos seculares de origen vasco que en las últimas décadas del S.XVI solicitaron beneficios eclesiásticos en México amparados en los servicios de sus antepasados; otros vascos desempeñaron cargos públicos en el gobierno: alcaldías, corregimientos, regidores de cabildos. Similar empeño se mostró al estrecharse las redes de intereses mercantiles con alianzas familiares francamente interesadas. El nexo Bilbao-Sevilla-Veracruz-México fue clave en las operaciones mercantiles como de igual forma Bilbao-Sevilla-Cartagena-Portobello-Lima lo fue para la denominada Tierra Firme. De esta forma, el factor Echevarría se asociaba con el traficante Martín de Murguía, y el secretario Antonio de Trucios prestaba fondos a su colega guipuzcoano Martín de Mondragón. Y así se podrían enumerar muy diferentes ejemplos. En definitiva un evidente despliegue de relaciones y paisanaje entre ambas orillas del Atlántico.

La importante presencia de los mercaderes vascos en el comercio indiano se extendió hacia todo el continente. Se sabe que de los 111 mercaderes que cruzaron el Atlántico entre los años 1519 y 1539, veinte de ellos eran vascos, lo que representa una dedicación al comercio superior a la media sobre los demás territorios de la península. Así cabe nombrar a los Murguía, Ochoa de Elorriaga, Domingo de Baquío, Ochoa de Alzola, Miguel de Zuluaga, los Valmaseda, etc., representantes del gran comercio que con frecuencia en los protocolos notariales del siglo XVI figuran en operaciones de crédito, constitución de sociedades, traspaso de capitales, etc.

De estos grupos identificados de origen vasco, surgió la elite socioeconómica de México que reafirmó su poder y su presencia en el Consulado Mexicano de tanta importancia al correr del siglo XVIII. Esta evidente hegemonía se determina con aquellos destacados comerciantes que ocuparon los cargos de "cónsul" y de "prior" y que con alternancia de vascos y cántabros se manifestó desde 1742 en el Consulado mexicano. Así sucedió con Francisco Echeveste, Ambrosio de Meabe, Manuel de Aldaco, Francisco Fagoaga, Juan de Castañiza,

Antonio Basoco y otros, quienes conformaron una elite mercantil y cultural vinculada a la célebre Cofradía de Nuestra Señora de Aránzazu, otro referente por excelencia del modelo asociativo de los vascos en pleno siglo XVIII.

Unas relaciones entre los "vizcainos" que como se ha señalado, fueron incrementándose cotidianamente y son realmente evidentes en la misma traza urbana de algunas de las ciudades americanas desde el siglo XVI. Conocemos por diversas fuentes que con frecuencia los vascos residían y se radicaban los unos cerca de los otros y que incluso muchos de los vascos enriquecidos se fueron construyendo sus casas y despachos profesionales en solares próximos y hasta contiguos. Es el ejemplo de varios representantes de la opulenta colonia mercantil vasca de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XVIII. En 1794 el Real Consulado de Buenos Aires era un espacio de poder integrado como dominio para la misma elite capitular. Así nos consta un patriado "porteño" de origen netamente vasconavarro: José Blas de Gainza, Juan Anchorena, Juan Antonio de Lezica, Francisco de Ugarte, Saturnino Sarasa, Joaquín Arana, Diego de Agüero, Cristóbal de Aguirre y otros más.

Igualmente hallamos en aquella Buenos Aires de 1755, ciudad que contaba con 14.000 habitantes, junto a los inestimables vínculos de paisanaje, la búsqueda de proximidad y amistad de varios vascos con un importante protagonismo histórico. Es paradigmático el gran comerciante Domingo Basavilbaso, quien a su vez fue albacea del obispo de Buenos Aires, José Antonio Basurco en 1757. La familia de los Basurco y Herrera estaba compuesta por Juan Francisco Basurco y sus hermanos José Antonio y María Josefa, hijos legítimos del guipuzcoano Francisco Basurco y de Juana María de Herrera y Labayen, radicados en la capital del Plata tras su estancia anterior en el Perú. Basavilbaso, vasco fiel al círculo de los Basurco, perteneció al grupo de comerciantes vasconavarrros de Buenos Aires que alcanzaron una altura asombrosa en cuantía y extensión de sus negocios. Fue propietario de navíos de comercio que frecuentaban las rutas intercoloniales y ultramarinas. Dueño de una compañía de transporte por recuas de mulas que conectaba con el interior argentino. Su correspondencia pública y privada asombra por los temas y el estilo con que se abordan diferentes asuntos. Lo mismo se precisa sobre negocios comerciales y tráfico de productos de carácter

variado, que se mantiene una correspondencia con ministros del Rey proponiendo negocios y narrando intrigas locales.

Nos es conocido por ejemplo, que la familia Basurco vivía en una casa notable de la calle de la Compañía, toda ella de sur a norte, manteniendo a su servicio más de 20 esclavos varones y mujeres, de un total de 50 servidores para distintas tareas y actividades en las que no podemos entrar ahora con detenimiento. Por aquel entonces Buenos Aires, tal y como la describe el atento Concolocorvo, seudónimo de Alonso Carrió de la Vandra, inspector de postas entre Buenos Aires y Lima a finales del siglo XVIII y escritor minucioso de la obra histórico-literaria "*Lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos Aires hasta Lima*", la capital del Plata se nos muestra con una notable actividad como puerto, ciertamente sucio, y con población concentrada en una traza urbana de 700 cuadras y una actividad predominantemente comercial. Según se documenta igualmente a través de otras fuentes históricas, en cada esquina de las cuadras que componían el núcleo ciudadano, existían junto al gran comercio de almacén, las numerosas "pulperías" (comercio al menudeo) que servían también como un espacio de sociabilidad masculina y de ocio popular en el siglo XVIII; en dichas pulperías —algunas regentadas por vasconavarros de origen— se vendían "a detalle" desde velas a textiles, sombreros, vinos, yerba mate, tabaco y muy diversos productos.

Esta búsqueda de relación y de mayor apoyo se comprueba igualmente en el siglo XIX con un asentamiento social bien diferente. Son en este caso también vasconavarros varones, de origen rural y solteros, los nuevos emigrantes contemporáneos que arriban al Río de la Plata tras penosos viajes a vela o a vapor. Llegan con el impulso y la convergencia de diferentes factores de atracción o repulsión en su origen: crisis de subsistencia, hambre, falta de trabajo, régimen del mayorazgo, y factores políticos como reclutamientos, levas militares, espíritu de aventura, etc.

Desde la lectura americana, gracias a la nueva política poblacionista de las jóvenes Repúblicas americanas —porque «*Gobernar es poblar*», tal y como expresó el político argentino Alberdi—, mejores salarios y expectativas de vida, ampliación de la propiedad de la tierra, comercio, pastoreo.

Son aquellos emigrantes que establecidos en fondas, siguen conservando signos de originalidad en cuanto a procedencia en trajes, boinas, e incluso frecuentando un local en la calle Federación. Un edificio sencillo que les convoca en las principales festividades al son de la música y las diversiones vascas y en el que se permanecía mediante un pago voluntario de pequeño beneficio para el establecimiento.

Fueron aquellos emigrantes vascos del siglo XIX, radicados en 1855 en el área de Barracas y la Concepción. Una delimitación urbana fundamental en Buenos Aires para el asentamiento de la emigración europea y no sólo vasca, que se diversifica posteriormente en las calles de Buen Orden, Monserrat, Chacabuco y Constitución. Área de expansión urbana de futuro, puesto que conforma aquel espacio que luego delimitará la calle Constitución, corredera en donde se ubica precisamente la primera sede de la institución asociativa *Laurak Bat*, fundada en 1876 por 13 vasconavarros tras sus tertulias habituales en un salón del café situado en la calle Cangallo.

De nuevo se puede comprobar cómo se reitera la relación y el paisanaje que estrecha vínculos igualmente en "lo material" y parece que en la etapa colonial como en los años más contemporáneos no sólo era privativa de los grupos mejor establecidos.

Pero al igual que en México, el ámbito andino fue punto de convergencia deseada de los vascos tras la conquista de Panamá. Con Pizarro y los suyos arribaron un buen contingente de conquistadores y encomenderos vascos a la búsqueda del Dorado. La Historia ha destacado al mismo Lope de Aguirre pero igualmente se podría representar con la vivencia de otros muchos vascos en Perú, en la trayectoria más anónima de Juan de Reinaga y Salazar. Nacido en Bilbao en 1509 y llegado al Perú en 1535, personaje con méritos y andanzas dignas de un relato histórico-novelesco además de distinguido fundador del linaje Reinaga perdurable hoy mismo en la ciudad de Lima. Tras una ardua conquista del *Tahuantinsuyu*, —País de los cuatro suyus, en quechua— no exenta de antagonismos entre los mismos españoles, además de pechar con la permanente hostilidad indígena, los vascos a pesar de componer una colonia minoritaria en orden numérico, obtuvieron por méritos y campañas, importantes encomiendas y cargos públicos en la nueva vertebración política del territorio peruano. Fueron entonces

gobernadores, adelantados, obispos, veedores, regidores, corregidores, contadores, alcaldes, escribanos, encomenderos y cronistas. Como ocurrió en otros territorios americanos hubo vascos en el Alto y Bajo Perú y luego más tarde en Chile y Río de la Plata, desempeñando diferentes tareas administrativas y promoviendo evangelización con un alto nivel de influencia, lo que les situó casi siempre entre la elite colonial.

No resulta extraño imaginar por tanto, que el éxito individual y hasta el colectivo de "los vizcainos" al haber alcanzado destacadas cotas de poder, generara entre otros colectivos sociales actitudes de recelo, promoviendo incluso sentimientos de notoria envidia.

Se podría añadir incluso mayor encono, pues el vínculo como grupo cohesionado de la comunidad vasca no dejó de suscitar ciertas resistencias y antagonismos en varios sectores de la sociedad colonial americana. Estima Bernd Hausberger que el éxito socioeconómico de un grupo étnico minoritario provoca enseguida la reacción hostil del mayoritario o de otros grupos que componen la sociedad. Y así se puede referir del colectivo vasco con variados ejemplos a través de la Historia americana.

A lo largo de los siglos XVI y XVII hubo en México ciertas provocaciones y brotes de hostilidad contra los vascos, tal es el motín de 1624 en México, nacido en confluencia de diversos factores políticos y económicos y con decidida participación de criollos. En dicho motín los vascos se implicaron a fondo frente a los criollos, con posición curiosamente más vincular en el mantenimiento del orden peninsular en el que estaban cómodamente instalados en consecuencia a su status político. Motines y asaltos que afortunadamente no llegaron a manifestarse tan sangrientamente como en el ámbito andino del Potosí desde el siglo XVI. Pero que incuestionablemente hallamos con cierta frecuencia en las Indias a través de un sentimiento de desconfianza criolla que se distingue en una oposición frontal de los nacidos americanos ante el poder económico y político que mantuvieron los vizcainos. En este sentido cabe recordar la consabida fórmula descalificadora de los criollos mexicanos para denominar a los vascos durante el siglo XVII de "archigachupines", es decir los europeos más arrogantes y presuntuosos de México.

Igualmente las relaciones de enfrentamiento vasco y la hostilidad con otros grupos sociales del Potosí andino fueron demasiado frecuen-

tes desde el siglo XVI. La riqueza de las minas y la explotación de los yacimientos de plata en Potosí desde 1545 atrajeron pronto a vascos y a otros muchos peninsulares. Según las fuentes coetáneas permiten interpretar y los Cronistas relatan, **los vascos** pronto controlaron las estructuras políticas y socioeconómicas de la Villa imperial tan magníficamente retratada pictóricamente a comienzos del XVIII por Gaspar Miguel de Berrio.

Los Gardeazabal, Igarzabal, Armentia, Jauregui, Arrezaga, Arizmendi, Zuazo, Laiseca, Arana, Tellaeché, Careaga, Bergara, Artieta, Zumelzu, etc. representan nombres y cabeceras de algunas de las familias presentes en la villa de Potosí desde mediados del siglo XVI. La década de 1570 fue especialmente floreciente para la producción de plata como para la propia vitalidad económica de la comunidad vasca en Potosí, una colonia que según destacan las crónicas, en la curiosa traza urbana de Potosí dispuso de casas con edificación sólida, e incluso como se ha referido, los vascos de Potosí dispusieron desde el XVI de un notable frontón en donde jugaron en la denominada calle de "La pelota". Según se recoge también de las fuentes, en 1582 son mencionados como grandes mineros Nicolás Guevara, Martín de Guernica y otros más, pues según el relato de Luis Capoché: Los vascos «*se adueñaron de las minas e ingenios*».

Fueron los vascos en Potosí y Huancavélica esencialmente **mineros, azogueros y comerciantes** con notables capitales, pero las fuentes también transmiten al respecto y entre ellas destaco aquellas conservadas en la Real Academia de la Historia de Madrid, que nos describen cómo a lo largo del siglo XVII, muchos vascos quedaron endeudados, lo que propició una notable crisis económica que revertió "en efecto dominó" hasta cotas muy críticas entre los más débiles económica y socialmente de la compleja sociedad andina.

En 1602 la obra anónima de "*Castellanos y Vascongados*" contabiliza unos 160 comerciantes vascos como azogueros. Otras fuentes precisan con detalle que de los 12 mercaderes de plata existentes en los registros, parece que ocho muy ricos eran de origen vascongado. Para 1622 se estima la existencia de 80 familias vascas en Potosí, algunas muy ricas, cifra muy de acuerdo comparativamente a los datos extraídos del libro de Juntas de la Hermandad de Nuestra Señora de Aránzazu, documen-

tación entre otras muchas fuentes de interés que se conservan en el Archivo de la Casa de la Moneda en Potosí en la sección "Iglesias y conventos" (una documentación que reclama al investigador por su interés y que prácticamente se mantiene virgen de un estudio actualizado aún hoy en día).

Los vascos en el siglo XVII como en el siglo XVIII fueron dueños de ingenios de transformación, propietarios de minas, y azogueros. Igualmente obtuvieron cargos esenciales en el municipio andino, pues por ejemplo de los 38 oficiales con que contaba la Casa de la Moneda, 22 eran vascos. Fueron alcaldes ordinarios y alcaldes veedores, oficiales de la Real Caja de Potosí y en todo tiempo estrecharon lazos endogámicos a través de vínculos matrimoniales entre miembros del colectivo vasco además de revitalizar el lazo familiar con parientes reclamados o recién emigrados de la península. En definitiva, constituyeron una oligarquía plutocrática en la Villa de Potosí.

El espíritu de solidaridad y la unión de sus intereses económicos fue un hecho más que notorio en una villa marcada por su riqueza y su creciente población —más de 150.000 habitantes a fines del siglo XVI— una concentración humana mayor que Londres y París en aquellas fechas además de constituir un auténtico laberinto de pasiones. Surgieron entre los vascos compañías y asociaciones mercantiles para la explotación de minas e ingenios de transformación, pero igualmente esta unión generó Hermandad desde 1603 con el objeto de lograr ayuda mutua para necesitados, viudas y huérfanos de origen vasco. Esta unión consolidó **La Cofradía de Nuestra Señora de Aránzazu de Potosí** en la iglesia de San Agustín, un modelo asociativo anterior a la Cofradía en honor de la Virgen del Espino que se iba a fundar en Lima en el año 1612.

Esta visión histórica no sería del todo veraz si no aludiéramos a **los conflictos** que afectaron igualmente al colectivo. Las famosas guerras entre vicuñas (andaluces y criollos) y vascongados (vascos y montañeses) caracterizaron la vida social del Potosí durante buena parte del siglo XVII. Los que Arzans de Ursúa denomina "abandalizados" llenan páginas y páginas de sucesos y enfrentamientos a lo largo de toda su obra y así se transmite en este pequeño fragmento que he recogido de sus interesantes narraciones:

«Los bandos, pendencias y muertes de los apasionados de esta Villa se continúan con notables escándalos. En la plazuela del Rayo, en cruel refriega que tuvieron peruanos y andaluces de una parte y de otra ciertos aragoneses y castellanos mataron a D. Pedro Nestares. Los criollos y vascongados no estaban quedos por su camino; dondequiera que se toparan uno a uno, cuatro a cuatro o más a más se acuchillaban, herían y mataban sin que los justicias pudieran impedirlo...»

El periodo álgido de la lucha fue entre 1623 y 1626, pero curiosamente la contienda quedó momentáneamente suspendida el 20 de junio de 1624, día precisamente en el que se organizaron importantes fastos en Potosí para celebrar la canonización de San Ignacio de Loyola. Arzans de Ursúa como detallado cronista de los acontecimientos de este tiempo en el ámbito andino, remite finalmente al pacto celebrado en la Iglesia de San Francisco. Cual entente cordial de una guerra se decidió llegar a la paz, lo que implicó finalmente casi un pacto de familia. De esta manera se selló el matrimonio de la «hija única y muy hermosa de D. Francisco Castillo» con D. Pedro de Oyanume, hijo del capitán del bando rival D. Francisco de Oyanume dueño «de ingenio y casas» aliado con otros principales de origen vascongado de Domingo Berasategui. Independientemente del enlace, el espíritu de concordia por fin llegó a Potosí aquietando por algún tiempo a los dos bandos rivales: vascongados y vicuñas.

DE DEVOCIONES, HERMANDADES Y COFRADÍAS EN AMÉRICA

«Bajó del cielo a la tierra, al valle de Aránzazu, en busca de sus queridas Naciones vascongadas, para ponerlas en paz y amistad entre sí, para favorecer a los vascongados y restituirles a sus antiguas uniones y pazes, como a la letra se experimentó en su Aparición milagrosa».

Oración panegírica... a la Reina de los Angeles
Andrea María de Aránzazu. Sermón en México, 1683.

Los modelos asociativos de los vascos en América tienen en las Cofradías uno de sus exponentes más representativos. Las comunidades vascas en América y sus relaciones sociorreligiosas se impregnaron de sentido de cohesión, a lo largo del siglo XVII mediante Hermandades y Cofradías que fueron naciendo gracias al entusiasmo de aquellos vasco-americanos, que sensibilizaron igualmente un destacado ascenso socioeconómico y político.

No es nuestro propósito historiar las importantes Cofradías vasco-americanas que han existido al otro lado del Atlántico desde el siglo XVI y XVII. Constituyen historiográficamente uno de los temas preferentes de investigadores americanistas desde la óptica sociorreligiosa, como para la historia de las mentalidades. Existen aportaciones muy notables aunque hay que reconocer que todavía queda mucho camino para el investigador ya que no existe un estudio global sobre las cofradías novohispanas, rioplatenses o peruanas tanto laicas como religiosas, urbanas como rurales, como aquellas cofradías constituidas por indígenas, criollos y españoles. Sin embargo debo reconocer que investigadores mexicanos y argentinos como algunos historiadores vasconavarros (Tellechea, J. I.; Luque, E.) han realizado un notable esfuerzo por desvelar la historia de varias de estas devociones y hermandades de esencia intrínsecamente vasca. Las Cofradías fueron naciendo en poblaciones como Guadalajara, Puebla, Zacatecas en México pero también en Buenos Aires y Córdoba entre otras ciudades y ámbitos rurales de Argentina. Entre las estudiadas, de indudable radicación urbana, se vuelve a manifestar la presencia de fundadores de origen inequívocamente vascongado en un porcentaje mayoritario.

La cofradía es por tanto un microcosmos asociativo que responde a un doble carácter. Por una parte contiene una vertiente asistencial y de servicio que hace de ella un medio de caridad cuando aún no ha surgido la acción de la beneficencia pública. Y de otro, según se ha señalado es la plasmación a nivel de actitudes personales y de coordenadas mentales de la religiosidad ligada a la piedad asociativa de ciertas comunidades urbanas o rurales.

Quisiera recordar por el valor emblemático que representa la **Hermandad de la Caridad de Buenos Aires**, una institución que reclama un estudio histórico en profundidad, además de destacar en cuanto a valor de anticipación en los fines benefactores contemplados luego por los modelos asociativos del siglo XIX en Río de la Plata —*Laurak Bat* de Montevideo y *Laurak Bat* de Buenos Aires—.

Su origen se remonta aproximadamente a 1742. El hermanamiento surge a instancias de un grupo de vasconavarros radicados en este importante puerto comercial de ámbito continental sudamericano, con la intención de práctica devocional y culto religioso. Pero al mismo tiempo se manifiestan tempranamente, fines solidarios y de beneficencia. Como su nombre indica, “los hermanos de la Caridad” posibilitan esta virtud teologal cristiana en el importante puerto del Río de la Plata. Un puerto esencial del siglo XVIII para españoles, portugueses y británicos que cobrará mayor fuerza tras la libertad de comercio de 1778, como de igual modo va a suceder tras la independencia. Este incremento del tráfico marítimo de carga y pasaje con Europa fue visible a partir de 1850 y erige a Buenos Aires en el destino preferente para la recepción de inmigrantes europeos trasladados por las naves a vela y buques a vapor de las Compañías navieras europeas.

La Hermandad en el siglo XVIII tardío, construye y financia la capilla de culto religioso, atendiendo igualmente a pobres de solemnidad, posibilitando entierros cristianos a los fallecidos, igualmente busca mediante limosnas y donaciones el sustento de todo necesitado de origen vasconavarro. Entre los vascos más conspicuos vinculados a la Hermandad pueden señalarse entre otros, al comerciante **Domingo Basavilbaso**, anteriormente mencionado, comerciante de gran altura económica y padre de una saga comercial que además de continuadores del negocio familiar estuvieron vinculados igualmente a la RSBAP.

Basavilbaso aunque nacido en Llodio en 1709 fue hijo de comerciante bilbaino. Uno de los mercaderes antagonistas, acérrimo opositor de la constitución de la Compañía privilegiada —Compañía de Bilbao-Buenos Aires— un proyecto que pretendió vincular al puerto de Bilbao con el del Río de la Plata desde 1747 a imitación de lo que ejercitaban otras Compañías privilegiadas de comercio nacidas en el siglo ilustrado, y con especial concreción vasca en La Guipuzcoana de Caracas. El proyecto bilbaino de enlace con Buenos Aires quedó prácticamente “no nato”, puesto que desde la lectura de Basavilbaso como de otros comerciantes apegados a la tradición comercial secular, cercenaba las importantes ganancias del tradicional giro del comercio España-Indias mantenido en su estructura de dependencia comercial y monopolio de intereses de los grandes comerciantes ultramarinos y peninsulares desde el siglo XVI.

Igualmente quedó vinculado a la célebre Cofradía, Francisco Antonio de Belaustegui otro acaudalado comerciante y hacendado de origen vasco nacido en Forua, partido desde Cádiz en 1783 y llegado al Plata (Buenos Aires y Montevideo) para desplegar su actividad de tráfico mercantil, para más tarde matricularse en la ciudad gaditana como Cargador a Indias. Todos los congregados en esta Hermandad, dedicaron energía y patrimonio como generosos cofrades manteniendo la célebre capilla que posteriormente con solar cercano fue transformada en nueva parroquia denominada la Inmaculada Concepción. Esta fue edificada en un área que conforma a fin del siglo XIX, uno de los espacios de expansión urbanística de Buenos Aires y ámbito cotidiano de residencia de los emigrantes europeos.

Pero entre las Cofradías señeras y por vinculación estrecha con nuestra lección de ingreso, merece la pena hacer un breve apunte de dos emblemáticas: **La Cofradía de Aránzazu de Lima nacida en 1635 y la Cofradía de igual nombre, originada en México algo más tarde, exactamente en 1681.**

La idea de crear una Hermandad vasco-limeña proviene de febrero de 1612. Una precoz voluntad asociativa que surge de un selecto grupo de vascos de Lima: nobleza comercial junto a cargos vinculados al poder virreinal, contadores de Tesorería, juristas de la Real Audiencia, o Milicia de alta graduación, un mismo capitán de Infantería del puerto del Callao entre otros que podrían señalarse. Grupo social diverso de alto

estrato social, cuyo origen y procedencia se detalla posteriormente en las fuentes: Elorrio, Gordejuela, Bermeo, Bilbao, Lequeitio, Oñate, Zornoza, Irún, etc. Unos seculares y otros religiosos como por ejemplo Fray Martín de Aróstegui natural de Marquina y de la orden de San Francisco. Todos reunidos promueven la adquisición de la capilla y cripta de Nuestra Señora de la Encarnación del Convento de San Francisco de Lima. Sin embargo, pese a la toma de esta decisión y la voluntad de fraternidad inherente a este modelo asociativo no será hasta 1635 cuando «*los caballeros hijosdalgo de la nación vascongada*» aprueben las 31 constituciones que finalmente conciertan la Hermandad de **Nuestra Señora de Aránzazu de la ciudad de Lima**. Las constituciones reproducidas por Mariluz Urquijo y el peruano Lohman Villena señalan los principales capítulos de actuación beneficorreligiosa, además de transmitir las firmas de todos los allí reunidos. Sirva de referencia esencial la primera disposición que he recogido y que sin duda remarca nuevamente la unión de los vizcainos en la capital del Perú en 1631:

«*Con el fin a mayor gloria de Dios y de la Santísima Virgen María su Madre, de **unirse y confederarse** todas las personas caballeros hijosdalgo así los de la provincia de Guipúzcoa como del Señorío de Vizcaya con sus Encartaciones y los demás referidos que hubiere en la ciudad en orden a ejercitar entre sí y **con los de su nación** obras de misericordia y caridad cristiana así en vida como en muerte de que las constituciones irán dando razón...*»

Los fundadores de esta hermandad con evidente hegemonía numérica de vizcainos y guipuzcoanos, y con presencia secundaria de navarros, alaveses y cántabros, promovieron el culto a la Virgen de Aránzazu y a la Virgen de Begoña, unas advocaciones que culminaron con la ejecución de la capilla del convento de San Francisco de Lima con magníficos retablos y la ubicación de tallas marianas en los años 1628 y 1645 (la fiesta de colocación de la imagen fue glosada por Fray Juan de Ayllón en la «*Relación de la grandiosa fiesta a la colocación de la milagrosa imagen de Nuestra Señora de Aránzazu*», Lima 1647).

Pero igualmente se nos confirman en la práctica aquellos fines primordiales de su congregación: **promoción de la unión y hermandad**, el culto a la santísima Virgen, fomento de la visita y piedad a los enfermos pertenecientes a la hermandad, visita y obtención de limosnas para

los enfermos y pobres de necesidad, el despliegue de la labor asistencial con la visita a las cárceles a fin de posibilitar limosnas y dotación para saldar penas y necesidades de los presos de origen vascongado. Igualmente, observamos en las "Constituciones" una intencionalidad que hallaremos reiterada en otras Cofradías vascoamericanas, como es la de atender a la labor de proselitismo en voluntad de estrechar vínculos entre aquellos «vizcainos» recién llegados al Perú, como entre los descendientes de los vascongados en el ámbito andino para su posible afiliación.

La hermandad no sólo fomentó la pervivencia de la devoción y el culto a las Vírgenes de Aránzazu y Nuestra Señora de Begoña y al Santo Cristo de la Hermandad en Lima, de igual manera canalizó la cohesión del grupo y no desatendió una labor benéfica gracias a las generosas donaciones testamentarias del colectivo vasco-limeño que según nos consta históricamente aún perduraba en 1857 con 278 miembros que mantuvieron importantes legados en el siglo XIX. La institución desapareció al traspasarse su gestión a la Beneficencia Pública de Lima en 1865. Igualmente cabe destacar cómo un incendio desarrollado en septiembre de 1899 redujo a cenizas el retablo y la admirable talla de la Virgen de Aránzazu venerada en la capilla franciscana de Lima.

Con referencia a la histórica **Cofradía de Nuestra Señora de Aránzazu en México**, cabe destacar que nació en la capital del Virreinato el año 1681 primeramente como hermandad y hasta bien avanzado el siglo XIX —1860— mantuvo aquellos móviles fundacionales previstos en calidad de Cofradía gracias a sus Constituciones establecidas el 14 de abril de 1696.

Entre los historiadores y máximos estudiosos que se han visto atraídos por la institución figura José Ignacio Tellechea. El autor indica que *«la pertenencia a la Cofradía era un signo de identidad vasca y no hay que decir que sólo ellos podían ser cofrades»*.

Efectivamente, 61 vasconavarros de elite, en su mayoría residentes en la capital mexicana, se unieron en vínculo asociativo para fundar en el convento de San Francisco el Grande un modelo que ritualizara el culto a la Virgen de Aránzazu y creara hermandad además de apoyo al emigrante vasco. Desde el último tercio del siglo XVII al siglo XVIII más

de 3.087 cofrades representaron la importante vinculación numérica vasconavarra a la misma Cofradía. Un colectivo de vascos que además del culto ceremonial religioso que les aglutinaba, celebraron festividades de la tierra de origen (Virgen de Begoña, San Ignacio, San Prudencio, San Fermín) además de celebrar desde 1731 la fiesta de la Virgen de Guadalupe, devoción típicamente criolla.

También promovieron en México —como estamos desarrollando— uno de los rasgos más característicos del asociacionismo vascoamericano: **labor asistencial y un meritorio apoyo benefactor a todos aquellos miembros de la comunidad vasca que lo necesitaran.**

Entre los muchos factores de éxito que se señalan sobre la Cofradía mexicana, puede destacarse el talante de independenciamiento con el que el gobierno de la asociación obró tanto por parte de la autoridad civil como de la eclesiástica. Igualmente cabe resaltar la dimensión del arraigo en el colectivo vasco de México, lo que propició el incremento de relaciones interpersonales de amistad y paisanaje entre los descendientes de aquellos vascos en territorio mexicano. Finalmente para no alargarnos más en este punto, merece la pena distinguir en su evolución histórica una meritoria labor globalizadora de unión entre las cofradías, al potenciar relaciones interasociativas entre las propias cofradías vascoamericanas. Un proceso del que hallamos pruebas fehacientes a través de los vínculos labrados con la misma Cofradía de San Ignacio en la Corte —Madrid—, a través de sus vínculos con la Cofradía de la Virgen Blanca de Vitoria, y de igual modo en las intervenciones relativas a utilidades de las obras pías con la misma Cofradía del Santísimo Sacramento del Valle de Mena en Burgos. Se podrían añadir otras muchas cuestiones de interés basándonos en las fuentes documentales, pero es de destacar que la “continuidad familiar” es un signo perdurable en el seno de la Cofradía mexicana. Como se ha indicado, los descendientes de los fundadores mantuvieron su estrecha unión vincular con la Cofradía a lo largo de los tiempos.

Evidentemente esta tradición asumida desde el siglo XVII, representa una prueba fehaciente de que la conciencia del vínculo estaba arraigado y que los miembros de las principales familias vasconavarra radicadas en México se sucedían de generación en generación en la devoción y mantenimiento de la Cofradía de Aránzazu. Una afirmación que

puede refrendarse a través de la consulta del "*Libro de los asientos de los Cofrades*" desde el año de 1696 a 1822, documentación que forma parte de un valioso *corpus* documental conservado en el prestigioso archivo de Las Vizcainas de México. Igualmente merece la pena destacar la tendencia observada en la proyección socioeducativa que la Cofradía realizó a través del patronato del Colegio de San Ignacio o de Las Vizcainas en su labor de acogida, protección y educación para aquellas niñas y huérfanas «*descendientes de vascos*» en el siglo XVIII. Sin género de dudas, una realización de calidad educativa pionera, explicable igualmente por el interés de los ilustrados mexicanos en la educación femenina y a la vez como instrumento que pudiera formular la transmisión de las pautas de cultura a través de la mujer.

El fortalecimiento del paisanaje a través de la Cofradía se manifestó poderosamente en las funciones del culto, pero igualmente salió reforzado al entretenerse una red poderosa que implicó "despliegue socioeconómico" y refuerzo "comercial" con clientes y agentes vascos radicados en diversos enclaves económicos de gran importancia en Nueva España (Veracruz, Puebla, Valladolid, Zacatecas, Durango, Chihuahua, Oaxaca) e incluso con aquellos puntos de interés económico destacado como Manila, La Habana, Cádiz, Madrid, Bilbao y Santander.

En definitiva, la Cofradía se manifestó en el siglo XVIII como una red poderosa de amistad, como vía de fraternidad y gestión además de potenciar las vinculaciones intelectuales ilustradas con la prestigiosa Sociedad Bascongada de los Amigos del País de la que fue socia entre 1791-93.

Llegados a este punto cabe recordar que mediante el recorrido histórico que estamos realizando con relación a los modelos asociativos en la Historia de América, llegamos intencionadamente a aquel tiempo ilustrado del efervescente siglo XVIII que tuvo su reafirmación cultural con la Sociedad Bascongada en su proyección ultramarina.

LA IRRADIACIÓN DE UN MODELO: LA SOCIEDAD BASCONGADA EN AMÉRICA

«El amor de los bascongados por su País crecía en razón de las distancias de su patria.»

Extractos de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País. Año de 1777.

El empeño por mantener los lazos de unión no sólo respondió a la afinidad de sangre y origen, religiosidad y cohesión de los vascos en América, sino que igualmente catalizó valores, ideales y realizaciones compartidas por la madurez de la sociedad americana. En la segunda mitad de la centuria del XVIII comenzaron a manifestarse en América y más concretamente en los ámbitos intelectuales de elite, las experiencias ilustradas europeas que procurarían el desarrollo político de las futuras economías nacionales y los argumentos para la codificación del pensamiento liberal americano.

La dinámica americana se vio fortalecida por las reformas borbónicas que sin entrar ahora en su formulación geopolítica y económica, igualmente implicaron una renovación científica y humanista de la mano de instituciones modernizadoras como puede representar **la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País en su proyección trasatlántica.**

El modelo asociativo tiene en el siglo XVIII un paradigma revelador gracias a la Real Sociedad Bascongada desde su origen en 1765, puesto que evidentemente, se traspasa un modelo nacido en Euskalherria, referente fundamental para otras sociedades peninsulares, irradiando posteriormente hacia México, Perú, Nueva Granada, Guatemala, Buenos Aires, Cuba y Filipinas. Un modelo de nueva lectura, sin duda mas laicista, pero igualmente integradora a la vez que modernizante.

Según remarca Tellechea Idigoras estudioso de la Historia de la Bascongada, se constata la evidencia de que en 1788-89, fecha por otra parte emblemática para el nuevo régimen y para la Historia contemporánea, el número de socios vinculados a la Bascongada en América supera a la cifra de los socios peninsulares. Los Amigos americanos, criollos

los unos y de otra parte los “chapelones y gachupines” residentes en América, comparten con los Amigos peninsulares del otro lado del Atlántico un talante renovador, fe en el comercio y en la cultura del progreso, además de verse sensibilizados por preocupaciones educativas y científicas que manifiestan enviando a sus hijos al Real Seminario de Vergara.

El nacimiento de las Sociedades Económicas en América según el modelo de la Bascongada, su implantación en el espacio americano, los proyectos científicos y sus realizaciones, los Amigos americanos, los estratos sociales vinculados a la Sociedad y sus trabajos y propuestas, las relaciones con la Península y Europa y todos los demás nexos intercoloniales que se gestaron por el espíritu de la Bascongada, son punto convergente de estudios monográficos y generales de indudable interés. Las investigaciones y colaboraciones realizadas contemporáneamente de la mano de un buen número de historiadores, son fruto de las oportunas convocatorias de Seminarios y Jornadas de carácter histórico, promovidas por la Sociedad Bascongada de los Amigos del País y la sensibilidad histórica de sus Directores. Ponencias y contribuciones van demostrando, que de forma incuestionable se produce en América un fenómeno histórico integrador y dinámico para la renovación de la cultura además de la maduración de nuevas líneas de pensamiento, promoviendo de igual modo parentesco y Amistad.

Sin pecar de presunción por mi parte, cabría decir que el proceso asociativo generado por la irradiación del “espíritu de la Sociedad Bascongada en América”, va impregnado de uno de los intentos más notables de globalización de la Modernidad a través de los cauces de la Ilustración, mediante socialización y compromiso como grupo de interés (estos grupos según Cohen desarrollan funciones organizativas básicas: distintividad —límites—, comunicación, estructuras de autoridad, mecanismos decisorios, ideología y socialización).

Ciertamente hay quien estima, que la expansión hacia América no constituyó una finalidad prioritaria, ni pretendida por los fundadores de la institución, y aunque es innegable reconocer que no estuvo contemplada en los estatutos de 1765 y 1772, es bien cierto que la realidad de lo acontecido en el desarrollo cuantitativo y cualitativo de los Amigos del País en América, nos demuestra el mismo carácter de la motivación,

gracias o en virtud a los vínculos estrechos de muchos de sus miembros de origen vasconavarro integrados en la Sociedad, como un grupo social que voluntariamente apoyó su expansión como fórmula sociocultural de apoyo y que a su vez vinculara a las dos orillas del Atlántico.

La irradiación se materializó en la década de los setenta y fue tanto en ámbito espacial insular (Cuba y Filipinas) como continental americana, con una efectividad realmente espectacular. Se lograron adhesiones masivas preferentemente en México, uno de los ejes fundamentales de la Bascongada en el continente desde 1773, aunque de igual modo La Habana pudo situarse en este mismo "espíritu" con un número de socios indiscutiblemente menor pero de innegable calidad y altura socioeconómica. Igualmente sucede con Lima, una capital que desde 1783 es el segundo enclave por número de socios vinculados a la Sociedad. A cierta distancia siguieron las periféricas inscripciones de socios de Chile, Caracas, Montevideo, Guatemala, Santa Fe de Bogotá, La Paz y Santo Domingo.

Un proceso de asociación con máxima capacidad expansiva gracias a la red articulada por relaciones familiares y de cohesión comercial, como estamos defendiendo, nada casual.

Evidentemente el papel asumido por las Cofradías y Hermandades de vasconavarros y vascoamericanos en Ultramar, fue un campo adobado de vinculaciones, metas y experiencia ejercitada desde el siglo XVII y, sin duda, una decisiva fórmula que potenció el cauce idóneo para la reformulación de la cohesión asociativa ilustrada en la que la identidad social volvió a patentizarse. Es más, considero que puede que no se pudiera explicar dicha estrategia si no es por la nueva imbricación racionalista de las señas de identidad asociativa inherentes al colectivo vascoamericano en un siglo de actualización, reformas, y búsqueda de racionalidad práctica.

Según se ha indicado, la cadena de lazos que la Bascongada buscó estrechar, queda manifestada sobradamente a través de las vinculaciones establecidas con la Congregación de San Ignacio de Loyola en Madrid, pero igualmente se evidencia a través de enlaces nada casuales con la Cofradía de Nuestra Señora de Aránzazu de México. Vínculos que debieron engrandecerse con el proyecto de hermanamiento auspiciado por Peñaflorida desde 1783 pero que finalmente no se llegó a realizar.

Entre aquellos factores que parecen señalar algunas de esas claves asociativas del siglo XVIII, se debe recordar el apoyo público garantizado de los grupos políticos ilustrados instalados en el poder (Virreyes, Capitanes Generales, Arzobispos- virreyes, Regentes de las Audiencias, Oidores, Contadores, Superintendentes de Real Hacienda, coroneles y militares de alta graduación, nobleza de cargo sensible a reformas y novedades). Igualmente conviene distinguir que gracias a la bonanza económica que posibilitaba este «*opulento pero contradictorio siglo XVIII americano*», el estrato social de los “Grandes de América” —que no son ni los Alba, ni los Medinacelli peninsulares—, pero que según corresponde definirlos, son “los grandes” comerciantes y propietarios mineros enriquecidos por laboriosidad y profesionalidad en América, serán quienes potencien mejoras para su patrimonio, buscando intereses prácticos y nuevas técnicas para sus yacimientos y minas, promoviendo en las haciendas agrarias rentabilidad buscada, gracias a mejor inversión junto a productos y cultivos agroindustriales. Entre otras muchas lecturas que podría dar al respecto, estos Amigos americanos profundizarán en la identificación ilustrada de dichos grupos, desarrollando cauces de “felicidad” y “amistad” en la propia sociedad criolla; a todos estos grupos de elite social habría que añadir los funcionarios y cargos de la administración del Estado y del poder municipal además de eclesiásticos humanistas, y canónigos de la Iglesia americana junto a científicos interesados en la renovación de la Ciencia experimental y las nuevas técnicas.

Finalmente como factor coyuntural de indudable peso, se debe recordar la confluencia de los intereses ilustrados a través de las reformas borbónicas, a la par del dinamismo proyectista para la renovación científica y tecnológica en el desarrollo sociocultural de la sociedad hispanoamericana del siglo XVIII.

No en vano se ha calificado a este interesante periodo histórico como «*La segunda conquista de América*», lo que no debe llevarnos a considerarla con un significado de conquista al viejo cuño del procedimiento desplegado por los Austrias, sino desde la lectura de una “nueva conquista” impregnada de renovación económica, fiscal, administrativa y cultural en el dominio americano y claramente con voluntad ilustrada de la propia Monarquía. Una “conquista” igualmente intencionada —no lo olvidemos—, con la voluntad y la energía, de retomar el control de un

extenso y rico territorio americano, geoestratégicamente apeteído de antiguo por Europa y de igual modo por “los futuros” Estados Unidos del Norte, dado el potencial económico y humano que atesoraba.

Un capital humano que asumió y defendió programas modernizadores para sus futuros países como compromiso, de la misma manera que los Amigos ilustrados americanos fueron contribuyentes activos y hasta con generosidad más que relevante, en la financiación de proyectos culturales o de beneficencia de la Sociedad Bascongada de los Amigos del País desplegados en suelo vasco.

Surgirán por tanto en América aquellas otras Sociedades Económicas, como la pionera de Manila (nacida en 1781), así como las constituidas en Lima, Mompox, Quito, Guatemala, Chiapas, San Juan; y algo más tardíamente, las Sociedades de México, Caracas y Buenos Aires, desarrollándose ya en pleno proceso de independencia de sus territorios.

También las Sociedades de Amigos del País de Cuba, luego también Sociedades Patrióticas y Académicas, arraigaron y perduraron. Es de destacar que, antes de que se promulgasen por Real Cédula los Estatutos de la Sociedad de La Habana (1792), había sido fundada una Sociedad también en el Oriente de la Isla, en 1787, la pionera de Santiago de Cuba. Salvo momentos de irregularidad, por diferentes factores que ahora no vienen al caso, ambas tuvieron validez y entidad individualmente, pero es incuestionable resaltar que la **Sociedad de La Habana** representó la asociación de mayor fuerza e importancia, en razón al número de socios y en virtud de las actuaciones desplegadas, además de por su capacidad de irradiación cultural desde La Habana.

Creo oportuno destacar que la capital cubana, además de ser una bella ciudad en pleno siglo XVIII, poseía en 1780, 70.000 habitantes; era el centro sociopolítico de la Isla —no sólo por su situación geoestratégica, como lo fue y lo ha seguido siendo en todo tiempo histórico—, sino por ser el puerto de obligado interés para dar salida en estos años ilustrados a la producción especializada de azúcar, café y tabaco, entre otros productos que partían hacia Europa y los EE.UU.

Sede de la Capitanía, de la Real Fábrica de Tabacos, punto capital en materia de aduanas y Arsenal naval con importantes astilleros reales.

El crecimiento económico de Cuba potenció un movimiento cultural, en donde la elite ilustrada y la burguesía comercial aspiraba, junto a medidas de libertad en lo comercial, la obtención de un proceso de apertura también en lo político.

La constitución en Cuba de las Sociedades Económicas de Amigos del País, a finales del siglo XVIII, no sólo visualizó en su marco estatutario el interés ilustrado por “el amor al bien común”, sino la promoción socioeconómica de la fértil Isla caribeña, los propios intereses de la sociedad cubana de aquel tiempo, y en especial la de sus socios, además de alentar el fomento de iniciativas innovadoras en el campo de la ciencia, la beneficencia y el progreso cultural, acomodándose a los tiempos.

Según ha estudiado Izaskun Alvarez Cuartero de los casi 1.000 socios, de diversa “calidad” —por emplear un término de época— y tipología social contemplados en sus propios estatutos, la “Sociedad habanera” se componía entre 1793 y 1832 de un porcentaje mayoritario de socios de origen vasco y vasco-cubano. Siguiendo las fuentes documentales y de la lectura de las propias listas de socios vinculados a esta institución de La Habana, podemos hacer algunas estimaciones. Permítaseme recordar, que si nos detenemos en el **modelo cubano**, es por el hecho de referir aquellos antecedentes asociativos que van a generar en el siglo XIX modelos de cohesión y beneficencia entre el colectivo vasco-cubano de la Isla y que más tarde se institucionalizarán a través de la Sociedad de Beneficencia VascoCubana que nace en 1877.

Pero regresando al siglo XVIII y Cuba, constatamos cómo un número altamente significativo de las listas de socios de la Sociedad de La Habana, correspondió a vascos residentes en la Isla, y en especial a los avecindados en la misma capital. Así, son dignos de mención los Aizpurua, Arrazola, Aróstegui, Arratibel, Arredondo, Arteaga, Azaola, Azcárate, Beitia, Luis de la Casa y Aragorri (Capitán General y Gobernador de la Isla y Presidente de la Sociedad entre 1793-95), los Garmendia, los Ibarrola, Iznaga, varios Jauregui, Lequerica, Urquiola, Valdés, Vera, Vertiz, Zayas y un largo etcétera. Todos ellos representan no sólo su adscripción a la Sociedad y al significado de sus objetivos, sino que, a la vez, demostraron en la práctica su vocación pública participando en la administración, la milicia, el comercio, las actividades marí-

timas —como consignatarios y marinos—; así como también consta su acceso a la propiedad de la tierra y la explotación agrario-industrial con un activo papel en la transformación del azúcar en los ingenios; igualmente que en la cultura, la religión y la educación.

En definitiva pese a no ser una de las colonias más numerosas de la Isla, el papel cualitativo de los vascos en la vida sociocultural de la Isla fue incuestionable. Y así se manifiesta en el plano colectivo dentro de las Sociedades Económicas de Amigos del País nacidas en Cuba. Los vascocubanos vinculados a las mismas, pertenecen a los sectores intelectuales más avanzados, a familias poderosas social y económicamente e igualmente se comprueba la ratificación en pleno siglo XVIII de los nexos familiares estrechos mediante alianzas matrimoniales ventajosas claramente endogámicas (con una evidente intencionalidad en mantenimiento social de la denominada “sacarocracia” cubana). En definitiva unión y poder manifestados en el predominio cualitativo del núcleo vasconavarro de elite instalado en la sociedad de Cuba a lo largo del siglo XVIII que se impregna de criterios racionalistas en la explotación económica de sus intereses y con un cosmopolitismo cultural de inspiración netamente europea gracias a la influencia ilustrada de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País en su proyección ultramarina.

EL SIGLO XIX. UN MODELO ASOCIATIVO DE NUEVO CUÑO:
LAURAT BAT DE BUENOS AIRES (1877)
ASOCIACIÓN VASCONAVARRA DE LA HABANA (1877)
CENTRO EUSKARO DE CUBA (1908)

«La Asociación además de practicar caridad socorriendo a los vasconavarros residentes en la República de Cuba, sus familiares y descendientes, tiende también a estrechar más y más los lazos de compañerismo, unión y amistad que constantemente deben existir entre los que constituyen la colonia vasconavarra dando a ésta el prestigio que le corresponde para que siga ocupando el puesto que la obligan sus costumbres, su tradición y su historia».

Reglamento de la Asociación Vasconavarra de La Habana. 1948. La Habana.

«Desde un principio los emigrantes vascos comprenden una cosa: y es que deben sostenerse entre ellos y por lo tanto organizarse. Aislados por su lengua, por su pasado patriarcal en el valle cerrado, por su personalidad en una palabra, se dan cuenta de que pronto se habrán perdido y habrán sido absorbidos por el torbellino, si no se constituyen en un núcleo compacto y resistente. De este instinto nace su espíritu de equipo».

Pierre Lhande.

Estas expresivas palabras del jesuita vasco-francés Pierre Lhande pueden reflejar de alguna forma aquella realidad evidente de la que formó parte el proceso migratorio vasco como reformulador a su vez del modelo asociativo vascoamericano en el siglo XIX y XX.

Según conocemos a lo largo del siglo XIX, América de nuevo se erige en "Tierra de promisión", espacio de acogida y recepción sin distinciones para todos aquellos que por diferentes motivos, personales, laborales, o bien sea políticos, deciden buscar riqueza y libertad. Es precisamente el siglo de la consecución de la independencia de las jóvenes Repúblicas americanas, cuando se superan los cómputos testimoniales de los emigrantes vasconavarros, para generar un fenómeno masivo tras la supresión de las disposiciones prohibicionistas que impidieron a los

Europeos su arribada a América. Un periodo en la historia de la emigración hacia América que significa la "gran migración europea" que se prolongaría hasta la célebre crisis del 1929.

La denominada «*inmigración temprana*» por la historiografía argentina, señala el punto de partida de la emigración desde Euskalherria hacia América de contingentes regulares desde antes y después de la primera guerra Carlista de 1835-40. Argentina, Uruguay, Cuba, Chile y luego los EE.UU. acogieron generosamente según señalan Jon Bilbao y Willian Douglass a muchos de estos nuevos inmigrantes. Los cálculos de dichos autores sobre los emigrantes vascos señalan por encima de los 200.000 individuos los que desde el siglo XIX a la primera mitad del siglo XX se insertan en América en calidad de emigrantes, pero sin duda la cifra puede hoy replantearse, tal y como ellos mismos y otros autores han sugerido en nuevas investigaciones.

Merece la pena que se destaque cómo los flujos migratorios vascos hacia Argentina fueron constantes a lo largo del siglo XIX, lo que obliga a resaltar que a comienzos del siglo XX se viene a calcular que alrededor de un cuarto de millón de la población de la Argentina estaba formada por vascos y descendientes de origen vasco desempeñando diferentes actividades productivas. De esta forma pueden enumerarse las muy diversas «*opciones laborales asumidas por los emigrantes vascos*» y también por muchos europeos en el siglo XIX y XX. Actividades que pueden tener la lectura de una mayor o menor cualificación profesional. Recordaremos por tanto desde el «*estanciero y criador de ganado al agricultor y maderero o salinero*» en un País en donde la tierra, el ganado y la madera constituían riqueza y abundancia. Igualmente los vascos componen un «*personal asalariado*» que de mayor a menor status se estructura jerárquicamente desde la figura del Administrador, capataz, medianero a el colono, jornalero, pastor, peón, peón rural o de estancia, peón tambero o arrendatario. En las «*actividades de comercio*» distinguimos igualmente a los vascos como propietarios del gran comercio, por ejemplo de alimentación, almacenistas de ciudad y de ámbitos rurales, casas comerciales de tradición, consignatarios de cereales y grano, ferretería y diversos materiales, pulpería (pequeño comercio), venta ambulante de vestidos, confección y calzado, dependientes de mostrador, empleados administrativos y contables o finalmente repartidores. En la «*artesanía e industria*» merece la pena resaltar a los propie-

tarios de las industrias y fábricas, además de aquellos otros vascos que compusieron también una «*mano de obra cualificada*»: fundidores y laminadores de hierro, constructores de carruajes de tiro, ferrocarriles y tranvías, industria frigorífica, industria lechera y derivados, fabricación de materiales de construcción.

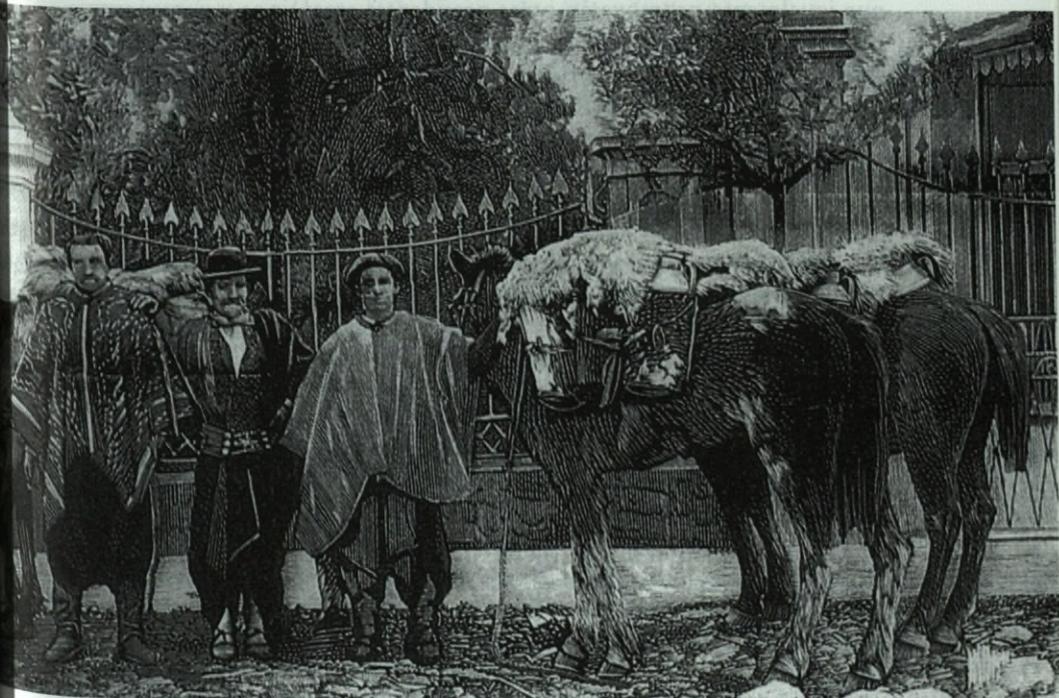
Los vascos jugaron igualmente un papel señalado en «*la exportación e importación*» con destino al mercado europeo y a los países latinoamericanos, incluso para los EE.UU., comerciando con los productos clave en la economía argentina como cereales, ganado, lana, curtidos, y desde otra perspectiva con textiles y objetos de lujo que llegaron al mercado argentino. Entre las denominadas «*profesiones liberales y oficios*» a los que se vincularon aquellos vascos y vascas emigrantes en las primeras oleadas migratorias, se sitúan desde el sencillo alambrador, al hachero, el comprador de lana, carpintero, contratista, ferroviario, sastre, herrero, tipógrafo, la costurera, planchadora, sirvienta, cocinera, dueño de fonda, hotelero, hasta las «*profesiones cualificadas y de nivel sociocultural alto*» como maestro, abogado, farmacéutico, médico, procurador, escribano, comisionista de bolsa, agente de compañía marítima, y propietario de entidades crediticias y casas bancarias.

Existen en este interesante proceso migratorio muy diferentes lecturas que permiten valorar el inestimable factor humano. Según ha dejado escrito Mario Benedetti: «*Pongamos el acento en el hombre*» y así cabe destacar los valiosos testimonios orales así como manuscritos de carácter autobiográfico de los emigrantes a América en los siglos XIX y XX. Muchos han sido editados por su interés y son de un valor expresivo notable, pues además de constituir narraciones en primera persona con recuerdos de laboriosidad y esfuerzo a lo largo de su vida, igualmente hallamos en ellos descripciones históricas de interés, con aportaciones que enriquecen los temas de la emigración. En dichos testimonios no sólo se alude a vivencias del viaje, engaños de “enganchadores”, desarrollo de su capacitación laboral, escarmientos y desengaños económicos fruto de juventud e inexperiencia. Igualmente corresponden a vivencias con descripciones geográfico-históricas americanas muy precisas que deben contrastarse, pero que como testimonios de vida merecen un gran respeto. Por su valor paradigmático recojo el Relato-testimonio, de indudable valor, conservado por los descendientes de Santiago Ibarra Beraza. Un relato breve datado en 1952, titulado “*Un recuerdo*”, escrito

a los 66 años de edad y llegado a mis manos a través de D. Adrián Celaya, Amigo a quien agradezco la posibilidad de consulta de esta narración de un inapreciable valor familiar además de las noticias históricas tan precisas que aporta Santiago Ibarra como emigrante en Argentina.

La narración autobiográfica de Santiago Ibarra trasmite cómo este joven begoñés emigra en el vapor de la Compañía Hamburguesa Sudamericana "Mendoza" desde Santurce en 1904 con destino hacia Buenos Aires, en compañía de su hermano Liborio tras "el reclamo" de su hermano Félix ya instalado en Buenos Aires. Un claro exponente de la conocida emigración "en cadena" de comienzos de siglo. Según nos indica el relato, con tan sólo 15 años y tras el pago de un pasaje de 50 duros de 1904 más el aumento de otros 12 para mejorar la alimentación (—ciertamente un precio abusivo, aunque bastante común por aquellas fechas—), en condiciones de hacinamiento y tras un mes de travesía llegará al puerto de Buenos Aires. Allí tras su paso por el "Hotel de los Inmigrantes" (Hotel Rotonda) recalán en una fonda recomendada a la espera "de su destino". Asombrados por el Buenos Aires rico y modernizado surcado de tranvías, parten los hermanos Ibarra hacia su primer empleo en un almacén de comercio en la provincia de San Luis; provincia de riqueza agraria y de pastoreo favorecida por la llegada del ferrocarril desde 1875. Primeramente asume Santiago la condición de recaudista de almacén y dependiente de comercio en Villa Mercedes (San Luis), para luego, tras varias vicisitudes en las que no podemos detenernos, separado de sus dos hermanos, con 18 años, parte solo hacia Las Palmas a 1.000 Kms. al norte de Buenos Aires. Viaje que le trasladaría hasta Asunción primeramente y le conduce luego a trabajar en aquella vasta posesión de "colonia Las Palmas", territorio posibilitado por la célebre Ley Avellaneda para la nueva colonización y que en este ejemplo particular beneficia a los irlandeses Hermanos Hardy (quienes parece que en 1899 poseyeron cien mil hectáreas que dedicaron entre otros cultivos a la caña de azúcar). Allí trabajó como empleado de almacenes con sueldo de 150 pesos mensuales, para luego convertirse por nuevo empleo en Agente colonizador y Proveedor Civil del Ejército Argentino en el Chaco en las campañas militares desarrolladas entre 1899-1912.

Estas Campañas de colonización en el Chaco, especialmente duras para los hombres desplazados y el ejército, fueron promovidas por el



Tipos populares y lechero vasco en el Buenos Aires del siglo XIX tardío.

Presidente Figueroa Alcorta y tuvieron la misión de conquista pacífica de los territorios. Como la Historia ha demostrado, estas campañas realizaron gran daño e incluso exterminio a los indígenas, implicando radicación posterior de fortines y luego de colonias estables de vecinos que consecuentemente sirvieron para la ampliación de propietarios de tierras y asentamiento posterior de poblaciones de origen europeo fruto de la emigración. Una típica política de colonización llevada a cabo desde el siglo XIX por presidentes argentinos como Mitre o el mismo Avellaneda, que igualmente promoverán otros presidentes argentinos y paraguayos a comienzos del siglo XX. Política colonizadora que se nos describe en el relato minuciosamente en la colonia bautizada como "Presidencia Roca", y que dio paso posteriormente a nuevos poblados de inmigrantes que implicarían a su vez fundación de poblaciones estables a comienzos del siglo XX en Paraguay, Argentina y Uruguay.

El testimonio de Santiago Ibarra nos transporta a su propia vivencia. Tras matrimoniar con 25 años —1914— con Enma Liberata Guasti nacida en Buenos Aires, de padres italo-argentinos y raíces irlandesas, fue padre de seis hijos continuando su actividad en negocios de ramos generales con cierta prosperidad y responsabilidad hasta la terrible crisis del 29 que parece le impactó notablemente en su economía y actividad laboral.

Según nos trasmite Santiago Ibarra, realizó en 1953 un viaje privado de regreso desde Buenos Aires a Bilbao. Viajó en el Monte Udala, buque perteneciente a la Naviera Aznar en condiciones totalmente diferentes a su viaje como emigrante en 1904. Nuestro protagonista viajó en cabina individual, y mediante el pago de un pasaje que con impuestos ascendió al valor de 5.350 pesetas de las de los años cincuenta.

Narraciones y retazos de vida, que permiten valorar el considerable esfuerzo y la valentía de tantos emigrantes vascongados que dejaron a sus familias y sus lugares de origen para construirse un futuro en tierra americana.

Pero volviendo de la microhistoria a la Historia de nuestros modelos asociativos vascoamericanos, de nuevo tenemos que recordar que no es extraño comprobar por tanto, que al unísono de los incrementos de los flujos migratorios hacia la América ya independiente, salvo la

excepción cubana hasta 1898, y que como sucediera con otros colectivos de emigrantes europeos: gallegos, canarios, irlandeses e italianos arribados a las nuevas Repúblicas americanas del siglo XIX, se fuera gestando «*un nuevo movimiento asociativo entre los vasconavarros*» que promueve con más fuerza la unión y el mantenimiento de su identidad social.

La inmigración vasca en América se planteó pronto necesidades de organización, no sólo para mantener el espíritu ludicofestivo inherente al colectivo vasco, sino con la intención de cubrir las necesidades laborales del emigrante, además de reforzar lazos de origen y posibilitar beneficencia junto a solidaridad.

Por tal motivo nacen nuevos brotes de cohesión social en el siglo XIX. Las mismas “fondas vascas” surgidas humildemente en los principales puertos y ciudades del continente e islas americanas, tienen el mérito de constituir los primeros asientos de reunión y sociabilidad de una población vasca que va incrementando en número y promueve información laboral, además de generar cierta defensa de intereses. Está bien documentado, según hemos aludido con anterioridad, como el barrio de Barracas, la Concepción y el entorno de Constitución en Buenos Aires, fueron aquellos espacios urbanos de primer asiento de una importante colonia vasca de emigrantes en la capital argentina a mediados del siglo XIX.

Entre los primeros pasos de formulación de redes de apoyo al emigrante, nos son conocidas “las Sociedades de socorros mutuos” —creadas desde 1857— promoviendo ayuda al emigrante enfermo o sin recursos, además de facilitar su repatriación si fuese necesario a la península. La constitución de “bolsas de socorro y auxilio” para el emigrante, son valores sociales que se recogen como principios básicos de apoyo en los estatutos de varias de las Asociaciones vasco-americanas desde el último tercio del siglo XIX como he podido comprobar a través de las fuentes afortunadamente conservadas de algunas de estas sociedades.

Igualmente cabe resaltar, cómo muchos de los modelos asociativos que van surgiendo a nivel continental e insular, en especial en la Isla de Cuba, recogen el testigo tan notorio en la historia de los colectivos vascos en América de cohesión y ayuda. La profunda añoranza de los vascos,

el “amor a la tierra”, la promoción de los vínculos, el mantenimiento de las tradiciones y la lengua de origen, la religiosidad y la misma solidaridad reclamada para los más débiles vuelven a manifestarse en los siglos XIX y XX en América.

Renace entonces un modelo de enorme significación para la colectividad vasca que se impregnará más tarde de un contenido político netamente foralista hasta aproximadamente comienzos del siglo XX, para generar más tarde, gradualmente en diversos espacios americanos, una asimilación del contenido político del ideario Sabiniano, que quedará relanzado con implicaciones políticas y con ideología netamente nacionalista, para consolidarse en la coyuntura política que propicia el exilio vasco desde 1936.

He de recordar aunque sea muy brevemente, que he centrado este último apartado de mi lección de Ingreso, en apuntes seleccionados de la historia extensa y de indudable interés de **tres modelos** representativos, espigados de los modelos surgidos en América desde el siglo XIX, lo que me permite extraer consecuencias de análisis comunes y de diferenciación. Dos de estos modelos vascoamericanos nacen el mismo año de 1877. Y es de señalar que el primero surge a escala continental, más exactamente en la capital de Argentina. Un modelo asociativo investigado del que puede seguirse su evolución histórica en la publicación “**Laurak Bat de Buenos Aires**” en la que intervine y fue editada en la convocatoria de “*Vascos en América*” por el Gobierno Vasco en 1992. El segundo modelo elegido se constituye en el Caribe, en la capital de la Isla de Cuba. Corresponde a la **Asociación Vasconavarra de Beneficencia de La Habana**, igualmente nacida en 1877. Finalmente resaltaré el tercer modelo, que surgirá en Cuba en el año 1908 y corresponde al **Centro Euskaro de La Habana**. Un Centro vasco-cubano de gran interés histórico del que me propongo adelantar rasgos fundamentales de mi actual investigación dado el carácter prácticamente inédito de su historia

Además de significar que dos de estas asociaciones tienen la misma cronología de origen 1877, igualmente tengo que señalar que asumen el emblema de **Laurak Bat** —“**Las cuatro una**”—. Una coincidencia que no deja de sorprender cuando se constata que en algunas de las primeras Memorias conservadas del modelo cubano que he podido localizar,



Reglamento de la Asociación Vasco Navarra de Beneficencia del año 1958.
La continuidad histórica del modelo asociativo cubano se interrumpió con el proceso revolucionario de 1959 en Cuba.

se observa gráficamente en su portada —varias en no muy buen estado de conservación— el anagrama que representa “cuatro manos entrelazadas”. Una unión demostrada gráficamente con la intención de simbolizar expresivamente **la unión vasconavarra** pero que recuerda muy cercanamente al emblema de la RSBAP realizado por Salvador Carmona, lo que me hace pensar en que no es sólo una casualidad.

LURAK BAT DE BUENOS AIRES. UN MODELO CONTINENTAL QUE PERDURA EN EL TIEMPO

La primera de estas Asociaciones a las que hacemos referencia es **Lurak Bat de Buenos Aires**. Ha sido considerada y con toda razón como la decana del Asociacionismo vascoamericano y la de mayor perdurabilidad, pues sigue manteniendo su vigencia hasta hoy mismo en Buenos Aires en la calle Belgrano 1140.

Es de destacar la existencia de otra sociedad anterior, denominada también Lurak Bat en Montevideo, nacida en 1876. Una sociedad pionera impulsada por el vizcaino José Umaran y el guipuzcoano José María Carrera entre otros vasconavarros de Montevideo, pero que fue clausurada en 1898. Precisamente Lurak Bat de Montevideo nació para promover la ayuda a las necesidades y protección del emigrante además de servir de cauce para el empleo de los vascongados en Uruguay. Una sociedad que se mantuvo hasta 1898 protegiendo intereses además de realizar en los años ochenta del siglo XIX, un gran despliegue en la práctica del deporte de la pelota vasca y servir de cauce para el mantenimiento de las tradiciones culturales vascas.

Con independencia por tanto de esta primera asociación uruguaya de 1876, **Lurak Bat de Buenos Aires** nació el 13 de marzo de 1877. Sabemos de sus sedes anteriores, ubicaciones mucho más modestas (calle Potosí, Constitución), pero su sede social, un edificio muy notable, fue inaugurado en 1904 en la calle Belgrano. Con posterioridad fue demolido el edificio —1937— por el desarrollo de obras de ensanchamiento de la calle promovido por la Municipalidad de Buenos Aires, lo que sirvió para ser reinaugurada su sede social en 1939 con el edificio que perdura actualmente.

Nació en 1877 como expresión del sentimiento asociativo de 13 vasconavarros radicados en la capital bonaerense. Todos pertenecientes a un sector acomodado, residentes en la capital, profesionales cualificados y con una identificación claramente foralista, pues entre los principios estatutarios de dicho modelo, intencionadamente figura la declaración de protesta de los asociados contra la ley del ministro Cánovas del Castillo que sancionó la abolición foral en 1876. Los pioneros del asociacionismo contemporáneo vascoargentino acordaron unánimemente formar una Sociedad con objetivos considerados fundamentales, que fueron contemplados en sus primeros “Estatutos”. Fines estatutarios que salvo matices contemporáneos casi han permanecido inalterables desde 1877 al 2002, éstos fueron los siguientes:

- Crear un Centro de reunión destinado a los vasconavarros e hijos de éstos en Buenos Aires.
- Conservar el amor al País Vasco desde Argentina.
- Organizar una protesta anual por la abolición foral.
- Patrocinar actividades culturales.
- Ayudar al emigrante vasco-navarro (unas ayudas que se traducen en auxilio y apoyo para los exiliados políticos en Argentina desde 1936).

Como puede comprobarse en su evolución histórica, Laurak Bat representa el interés demostrado por la colectividad vascoargentina de mantener el espíritu de cohesión y la identidad social vasca que quedó tempranamente manifestada en los 248 socios que se vincularon y compusieron la realidad social del modelo en 1878. El ciclo histórico de la institución ha quedado subdividido en cinco etapas, representativas de objetivos y logros, base social, contingencias y actuaciones. No pretendo realizar en esta lección toda la reconstrucción del modelo pues remitimos al estudio editado en 1992. Una monografía que, sin pecar de falsa modestia, tengo que recordar fue uno de los primeros estudios **históricos** que analizó la historia interna de dichas asociaciones vascoamericanas. Sobre su intensa historia merece la pena destacar que desde su “etapa fundacional” (1877-1898) hay una marcada orientación de ser instrumento de unión, según se expresa «*un hogar de todos los vascos*» que

posibilitara con todos los medios a su alcance conservar el amor al País Vasco y a su tierra «desde la Argentina». La inquietud cultural y el apoyo de la cultura vasca es un signo que perdura a lo largo de toda la historia de dicha Asociación. Igualmente *Laurak Bat* asume como función estatutaria de interés prioritario la creación de una “Sección protectora” como elemento fundamental de apoyo para las dotaciones a inmigrantes enfermos, viudas y huérfanos; además de costear o negociar los pasajes gratuitos de 3ª clase al mes obtenidos del gobierno argentino para la repatriación de emigrantes; la creación de bolsas de apoyo, así como envíos y donaciones que paliaran sucesos y contingencias de vascos residentes en Argentina como en las contingencias y catástrofes además de naufragios desarrollados en la misma Euskalherria.

Hacia 1920 *Laurak Bat* de Buenos Aires puede decirse rebasa sentimiento plenamente enraizado de carácter e ideología nacionalista, inaugurando roces y disputas entre los mismos asociados; unos afiliados que superan en este tiempo el número de 700 socios y que tenderán a desvincularse por múltiples razones ideológicas y por la evidente crisis económica que se vivió también en Argentina en la crítica década de los 20.

La consolidación y el relanzamiento de *Laurak Bat* de Buenos Aires se explican, tras momentos de indudable decaimiento en logros sociales, pérdida de socios y actuación poco sensibilizada en los años treinta, como consecuencia del proceso de exilio político que iba a vivirse en el seno de un numeroso contingente de refugiados y exiliados políticos vascos nacionalistas que llegan a la capital argentina. Un dato ilustrativo. De los 372 socios existentes en 1939 se asciende a 957 afiliados en 1940. La explicación llega de la mano de la confluencia de varios factores. Primeramente la conexión ideológica, gracias al reforzamiento de los lazos de la colectividad vasca nacionalista con la llegada de políticos e intelectuales de prestigio. Igualmente gracias a la promoción de la política cultural del exilio que preconiza valores hasta el momento ciertamente aletargados en la Asociación. Como factor de indudable peso cabe destacar la apertura de la nueva sede social que posibilitó relación, sociabilidad y difusión de la cultura vasca. Son entre otros, factores explicativos del notable ascenso y prestigio de esta institución decana y carismática del asociacionismo vascoargentino que irradiará comportamiento y servirá de modelo en el territorio nacional argentino. Su vigen-

cia hasta la misma actualidad del 2003 hace reconocer en Laurak Bat de Buenos Aires uno de los modelos asociativos más emblemáticos de la colectividad vasca en Argentina y de América en general.

EL MODELO CUBANO DEL SIGLO XIX

El desarrollo histórico de la Isla, en pleno siglo XIX, ofrece una imagen de próspera colonia productora de azúcar y tabaco, estrechamente ligada al desarrollo del Estado liberal metropolitano. De hecho se adoptaría por parte española un control coercitivo en el plano político y económico que reafirmaba la figura del Capitán General, como autoridad civil y militar; y en lo económico se adoptaría también una política arancelaria ultraproteccionista, por la cual los intereses metropolitanos primaron sobre cualquier otro derrotero de la sociedad cubana.

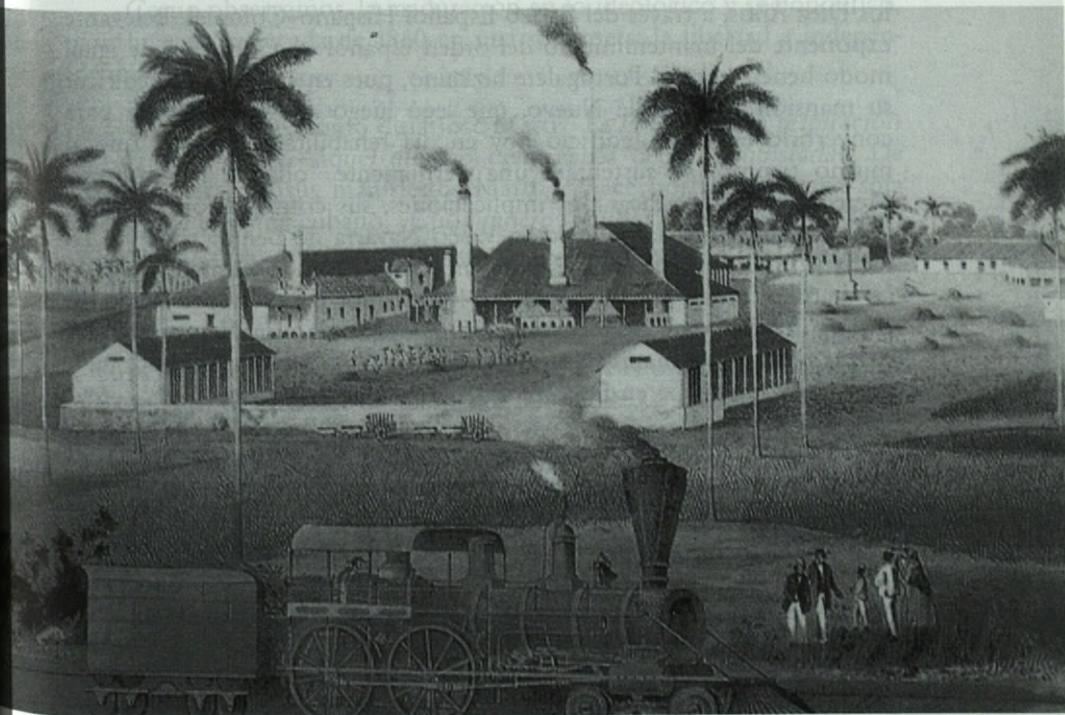
Cuba, sin embargo, durante este siglo XIX, fue gradualmente insertándose en el mercado mundial, pues orientó su producción no sólo hacia el mercado español y europeo, sino que con progresiva intensidad dirigió su producción y comercio hacia los circuitos norteamericanos. La emergencia de una clase de propietarios interesados en modernizar sus plantaciones e ingenios —luego Centrales—, con tecnología británica y alemana, se tradujo paralelamente en una elevación del status socioeconómico de la Isla. Así se representa en los varios ciclos de formación de fortunas en Cuba, con la presencia de vascos ilustres como José J. Arrieta, uno de los representantes por otra parte, del sector más retrógrado de la burguesía esclavista de la Isla. Los Arrieta fueron una de las familias más ricas desde 1850. Propietaria del ingenio Flor de Cuba de 9 máquinas de vapor, con 409 negros y 170 culíes chinos, productor en 1855 de 18.000 cajas de azúcar de primera calidad. Igualmente podríamos decir del Conde de Zaldivar; o del futuro marqués de Álava, D. Julián Zulueta y Amondo, de emigrante reclamado por un tío suyo del gran comercio hasta ascendido laboriosamente para acumular un importante capital que le posibilitó en 1832 ser propietario de los cuatro grandiosos ingenios a vapor, en el distrito de Colón, denominados “Álava, Vizcaya, La Habana y Cuba”. Poderoso comerciante que diseñó toda una red de intereses internacionales que diversificaron sus descendientes, por toda Europa y los EE.UU.

Gracias a su exitoso patrimonio logró —entre otras actuaciones contrastables— su acceso al poder municipal, llegando a ser alcalde de La Habana. No resulta extraño, sin embargo, advertir que, parte de esa importante fortuna estuvo relacionada estrechamente con el comercio de negros y de culíes chinos, enviados desde Macao a Cuba. Por contra, a él también se debe la dotación de fondos para la fundación de obras benéfico-sociales y de interés religioso en Álava prioritariamente; donaciones que ahora no detallamos, pero que permiten entrever el deseo de sacralización y limpieza de las fortunas entre las familias de algunos de estos grandes “indianos”, tal y como se comportan en sus testamentarias y últimas voluntades. Como es bien sabido, la formación de las elites en cualquier sociedad contemporánea es un tema apasionante en este sentido y en ningún caso presuponen una excepción con el colectivo vascoamericano.

De este proceso surge en Cuba una bipolarización complementaria, y no excluyente, pues a la par de esta elite histórica (los Oquendo, Herrera, Beltrán, Zulueta, Murrieta, Bea Maruri, Portuondo, etc.) se situaron los nuevos emigrantes vascos que desarrollaron actividades, de inicio, modestas: marinos, dependientes de comercio al por menor, ferreteros y algunos profesionales especializados, pero que a su vez, también representarían el éxito y la comunión de intereses con la vieja elite, ante toda tentativa de revuelta o cambio violento que se produjera en la Isla.

Este nuevo tipo de emigrantes labraría importantes fortunas hacia los años 1860 y 1870, y de igual forma se les puede tipificar en la persona y trayectoria de D. Manuel Calvo y Aguirre. Quien llegó de Portugalete a La Habana en 1834, como dependiente de ferretería, logró por mérito y trabajo hacerse dueño del negocio, hasta que en 1840 compró su primera goleta, haciéndose luego propietario de una línea de vapores y varias empresas marítimas de cabotaje. Propietario, igualmente de cafetales y de un ingenio —“el Portugalete”— vestigio aún hoy enclavado en la actual Portugalete, en la provincia de Habana.

A la fortuna lograda gracias a su laboriosidad se unió, en el caso de D. Manuel Calvo, un cierto *savoir faire*. Gracias a lo cual disfrutó de una estrecha amistad con D. Antonio López, futuro Marqués de Comillas.



Ingenio "Flor de Cuba", propiedad de José J. Arrieta. El azúcar, principal riqueza de la isla, confirmó la "sacarocracia" de muchos vascos, y vasco-cubanos desde el siglo XVIII al XIX y XX.

El fue quien le situó en Cuba como consignatario de la Compañía Trasatlántica, de cuyo Consejo fue también Vicepresidente.

Ni que decir tiene que, tanto Calvo, como el Marqués de Comillas labraron una pingüe fortuna a través del transporte de tropa militar, junto a los embarques de civiles, a lo largo de la Guerra de Cuba. Cabe señalar además su ayuda financiera al Gobierno español en la Guerra de los Diez Años, a través del Banco Español Hispano-Colonial. Relevante exponente del mantenimiento del orden español en Cuba, fue de igual modo benefactor del Portugaleta bizkaino, pues en 1871 mandó edificar su mansión del Muelle Nuevo, que legó luego al Ayuntamiento para convertirlo en hotel (edificio hoy en día rehabilitado), y para que al mismo tiempo, se sustentara una permanente “olla de los pobres”. Merece la pena destacar por implicaciones, sus contribuciones permanentes otorgadas a la Asociación Vasco Navarra de Beneficencia de La Habana, así como su papel filantrópico, concediendo numerosos pasajes gratuitos y ostensibles rebajas de los mismos para la repatriación de emigrantes. Manuel Calvo perteneció a **la Asociación Vasconavarra**, de la que en 1898 mantuvo su condición de Presidente honorario, tal y como se comprueba en las “*Memorias*” de dicha Asociación.

No puede tampoco olvidarse destacar el contexto histórico en el que comienza la existencia del modelo asociativo contemporáneo en la Isla de Cuba. Las razones del *statu quo* colonial de Cuba no estuvieron en dependencia únicamente de España. Los Estados Unidos habían puesto sus ojos en la “Perla del Caribe”; su riqueza y posición geoestratégica en el Golfo ya había motivado al presidente Jefferson y más tarde a Monroe y a Quincy Adams para practicar “la espera paciente”. Política que con planteamientos doctrinales de etiqueta falazmente aislacionista, permitirían a Theodore Roosevelt, 80 años más tarde, reafirmar la intervención de los EE.UU. en cualquier parte en donde se presupusiera que los intereses de los norteamericanos y su propia doctrina hubieran sido dañados.

La pregunta es obvia. ¿Qué pensaba de todo esto Cuba y su sociedad?. En la Isla se había producido una división entre “reformistas” (comerciantes, plantadores e intelectuales) que ansiaban una oposición constructiva, sin pretender la total ruptura con España; y los “patriotas cubanos”, ubicados preferentemente en el Oriente de Cuba, conspiran-

do en ingenios y logias, propugnaban la abolición de la trata y esclavitud; y en lo político, la total ruptura con España.

Finalmente, la tercera opción nos conduce hasta los “anexionistas”, cuyos deseos de unión a los estados sureños de los EE.UU. representaban fuertes intereses económicos.

Como observamos, la maduración en lo ideológico y sociopolítico, confluye en la década de 1860 en una sola meta: la libertad e independencia de España.

Efectivamente, como diría José Martí: «*La libertad es la respiración de los Pueblos*» y «*Aquél que no tiene Patria debe conquistarla*». De igual manera, en sus manifiestos Martí se hace portavoz de una sola meta para el sentir cubano: «*Cuba quiere ser libre... Cuba por ley de su voluntad irrevocable, por ley de necesidad histórica, ha de lograr su independencia*».

Todos los factores concitados, desembocaron en el movimiento de “Cuba Libre”, que será guiado entre otros, por el propietario, político y masón, Carlos Manuel de Céspedes, en 1868. La Guerra de los Diez Años —desplegada entre 1868-78— logró victorias y fracasos entre los independentistas, criollos blancos, guajiros y numerosos campesinos, negros y mulatos, que formarán filas en el ejército “mambí”. La sublevación se extenderá hacia el Occidente de modo gradual, fue contenida por el ejército español, pero a la vez, fue radicalizándose.

En 1869 fue abolida la esclavitud, y al poco se proclamó la “Primera República Cubana”. Carlos Manuel de Céspedes fue nombrado Presidente. Como era de esperar, España reaccionó concentrando fuerzas militares. Un ejército que bajo el mando del capitán Francisco Lersundi, en esta etapa, contaba con 7.000 hombres mal equipados.

Sus fusiles eran belgas, pero aquellos fusiles habían sido supratutilizados en las guerras carlistas de la península. Muchos soldados cayeron enfermos por fiebres, malaria y cólera; estuvieron mal alimentados (la dieta consistía en una ración de tasajo, arroz, pan y agua cuando la había) y dada la precariedad terminaron por utilizar un arma defensiva que se iba haciendo frecuente, copiada sin ningún tapujo del ejército mambí: el afilado machete cubano.

El ejército "patriota", por su parte, reunía social y étnicamente a grupos variopintos. Con machete y a caballo, utilizó la guerra de hostigación, el incendio y la guerrilla como estrategia, en un medio que conocía perfectamente: "la manigua".

Cuentan las crónicas y recoge la memoria colectiva popular, que se daba a los voluntarios, milicianos, guerrilleros, guajiros, bomberos, mambises, tropa en suma, de ambos ejércitos enfrentados, «*para mantener el valor y quitar el temor, su ración de vino de valdepeñas o de rioja y el inmejorable ron cubano*». Igualmente nos han llegado testimonios del ambiente que se respiraba en trincheras. Este testimonio proviene de un cronista anónimo:

«Mientras, los soldados, los artilleros y a pesar del hambre y las dificultades, están presididos sus trabajos con buen humor, una cháchara y un bullicio que anima. En ninguna trinchera falta guitarra ni cantador; todas las provincias tienen representación: se oyen las viriles notas de las jotas, la triste y dulce cadencia de la petenera, o los soberbios arranques del Guernicaco Arbola» (sic).

La guerra de los Diez Años finalizó como sabemos con la Paz de Zanjón, el 19 de febrero de 1878. Pero el abismo entre Cuba y España era ya evidente, y las consecuencias de diez años de guerra significaron, tanto para Occidente como para el Oriente de la Isla, una dura crisis socioeconómica. Cafetaleros y plantadores con ingenios y cosechas arrasadas, experimentaban no sólo las secuelas de la ausencia de inversiones, sino la dependencia en la puesta a punto de sus propiedades, además de la carencia de mano de obra. Esta carencia, potenció en los ochenta el reclamo de un **nuevo tipo de inmigrante**, con una nueva política de trabajo asalariado estacional en el campo, y en los núcleos urbanos cubriendo las necesidades del sector terciario.

Así comienza a tipificarse un nuevo cliché de emigrante que, tras el fin de la guerra permanecerá en la Isla, a pesar del final del dominio español. Es por tal motivo que **las sociedades defensoras e integradoras del emigrante se fueron consolidando en Cuba**. Tempranamente, había nacido la de Beneficencia de Cataluña (1840), surgirá luego la Asociación Vasco-Navarra en 1877, la Asociación de Dependientes (1880) y más tarde se constituyeron el Centro Gallego de

La Habana (1879), y el Centro Asturiano (en 1886), junto con otras más tardías, como los Centros Canarios.

Además, la estructura tradicional que había sustentado la sociedad cubana se derrumbaba en los años ochenta, atisbándose el papel preferente del capital británico y el norteamericano, frente a la salida masiva de los capitales que buscaban refugio en la seguridad de la City londinense, en París, Madrid, Barcelona e incluso Bilbao. Así lo valora D. Pablo de Alzola en su obra *"El problema cubano"*, editada en Bilbao en 1898. En ella ya apuntaba, certeramente, el papel del capital invertido en la construcción del mismo Ensanche bilbaino, como consecuencia de aquellos capitales repatriados, que se canalizaron de igual modo hacia la industria y el comercio.

Según otra voz autorizada, en este caso desde la otra orilla, la de José Martí, entre 1878 y 1898 se vivió en Cuba "un reposo turbulento". Las conspiraciones, la pervivencia de guerrillas, y los móviles independentistas no cesaron, pese a la aparente normalización de la sociedad cubana. Por este tiempo, en España, las Cortes con miopía extraordinaria, rechazaban reformas y el mismo estatuto de autonomía para Cuba. Mientras tanto, el 95% de la producción del azúcar cubano salía con destino a los EE.UU.

Precisamente es en este contexto de los setenta, conocido como la segunda fase de la Independencia cubana, **cuando el Asociacionismo Vasco-cubano** inicia su andadura. Parece ser que desde 1877 y en circunstancias harto difíciles, como ya hemos señalado, un sector de vascos residentes en La Habana, deciden y promueven la **Asociación Vasco-Navarra de Beneficencia**, el **primer modelo asociativo contemporáneo cubano**. Como su propio nombre indica, su objetivo primordial fue la ayuda y colaboración de la colonia vasco-navarra, con especial énfasis en los enfermos y emigrantes con dificultades, a la vez que procuraba repatriaciones a la península.

No conocemos hasta el momento los nombres de aquellos primeros fundadores del 1877, por carecer hasta el momento en nuestra búsqueda de la primera Memoria-constitución. Pero, sí es posible extraer datos sugerentes de aquellas **Memorias** que se conservan, como por ejemplo la primera que he podido localizar, fechada el 8 de julio de

1888. En esta "Memoria," de portada muy decorada, se vincula al nombre de la Asociación el lema "Laurak Bat" de coincidencia con el lema del otro modelo asociativo en este caso argentino y continental.

La "Memoria" fue editada en la imprenta habanera de la calle Mercaderes 28, y en ella el secretario de la Asociación, D. Pascual de Otamendi, daba cuenta, cómo la comisión directiva presidida por D. Antonio Telleria, los 24 vocales de la misma (Sres. Unanue, Salterain, Larrazabal, Vergara, Urquijo, Zumeta, etc.) y los 12 vocales suplentes, más los honoríficos, además de dos miembros natos (los facultativos médicos de la Asociación) y el tesorero, seguían en el cumplimiento del "espíritu de la Institución" nacida en 1877.

De hecho, en 1888 se priorizaban las actuaciones, divididas en «Comisiones de recursos», y de «quintas y embarques». Como es fácil entender, la coyuntura de postguerra que se vivía, aconsejaba destinar con preferencia fondos de atención social entre aquellos mozos vasconavarros enfermos, o sin posibilidades de compra de pasajes (160 ptas.) para retornar a la península. Contaba la Asociación con una sucursal en Sagua La Grande, además de sumar socios en 15 poblaciones cubanas, salvo en Santiago.

Esta ausencia notoria, lleva a preguntarnos si el peso de la movilización, marcadamente independentista, y la guerra encendida primero en el Oriente, pudo de hecho condicionar la escasa participación de los vascos, afiliándose en esta área cubana, o la dificultad de poder crear en un ámbito tradicionalmente insurrecto, una nueva sede de la Asociación.

Lejos de descender las utilidades líquidas de la Asociación «en estos tiempos» que se definen como de «calamitosos», se había logrado un saldo favorable en caja, tanto en billetes de uso común, como en oro. Un beneficio derivado de las cuotas sociales y de una magnífica corrida de toros, celebrada el 23 de octubre de 1887, en La Habana, lo cual permitió que los socorros ordinarios y extraordinarios cubrieran todas las necesidades de la entidad. El saldo de los recursos existentes, permitió la inversión en valores, como por ejemplo las acciones del Ferrocarril de Cárdenas y Júcaro, además de las acciones del Banco Español de La Habana.

En el caso que nos ocupa, también hallamos pruebas de la **tradicional religiosidad** de las Asociaciones Vasco-Americanas. Conocemos puntualmente la celebración de la festividad de la Patrona de la Asociación, y de la colonia vasconavarra, que era «*la Santísima Virgen de Begoña*». Lo que se tradujo en actos religiosos y festejos de brillantez a los que la colonia residente en La Habana se sumó.

En los años 80 se dejó notar también una política de mayor “proyección social”. La Comisión directiva era consciente de que se hacía necesario un mayor despliegue en toda la Isla, a pesar de que la sede de La Habana fuera el punto convergente para auxilios y propuestas. Allí, las actuaciones desde el punto de vista ordinario permiten saber de las dietas que se entregaban a la casa de salud “La Benéfica”, dependiente del Centro Gallego, para enfermos varios y atenciones médicas, para socorros incluso a domicilio, y compra de pasajes individuales. Los donativos “extraordinarios” remiten, durante el ejercicio de 1887-88, a las víctimas de la grave epidemia de viruela padecida en Santiago, pasajes de varias familias indigentes y el mantenimiento de enfermos crónicos, además de pechar con los gastos de los enterramientos de fallecidos vasco-navarros.

Merece la pena una pequeña acotación sobre el número de socios. La lista de 1888 se conserva íntegra, y detalla la procedencia, origen y residencia de sus miembros. La capital, La Habana, aportaba 555 socios, que en mayoría (299) eran de origen vizcaino, luego estaban los guipuzcoanos (128) y finalmente alaveses, navarros, vascofranceses y algún riojano. Con todo nuestro respeto a la magnífica obra de Jon Bilbao: “*Amerikanuak*”, los vascofranceses sí pudieron vincularse a esta Asociación permaneciendo en dicha asociación hasta 1959. Los hallamos afiliados en 1888, 1909, 1911, 1932 y hasta 1948-1949. Bien es cierto que en minoría, pero no hubo ningún tipo de impedimento para su afiliación, como el autor parece indicar, en una breve nota de su interesante y pionero trabajo. Es más, en 1898 su número creció con respecto a la cota del año 1888. En aquel año de 1888, la Asociación tenía un total de 802 socios en la Isla de Cuba. Su domiciliación y cómputo de cuotas a la luz de la lista onomástica que acompañan las “*Memorias*”, me permite situarlos en las principales calles de la capital: Mercaderes, San Ignacio, Paseo del Prado, Oficios, Paseo de Tacón, O’Reilly, Infanta o Factoría (en 1920 ascendían a 722 socios, con un predominio de vizcainos, 446).

Instalados ya en 1898, la evolución del asociacionismo vasco-cubano en aquel año crucial, nos permite de igual modo conocer aquella sociedad dual de blancos y negros. Aquellos cubanos que experimentaron la guerra y el término del dominio español, afrontando la nueva situación, comprendieron que se les presentaba una realidad tripolar: Cuba, España y los EE.UU. de América.

La sociedad cubana viviría intensas conmociones. Por lo pronto, en 1898 la Isla poseía 1.572.797 habitantes pero se había observado una caída en relación al anterior censo de 1887. La disminución tuvo que ver con la guerra, con la reconcentración poblacional del mandato de Weyler, el descenso de natalidad, la paralización de la emigración, y el aumento de defunciones.

La Habana seguía siendo el centro político y de actividad financiera e industrial. Una de las grandes y cosmopolitas ciudades de América, alfabetizada, y con predominio blanco (72%). Era el núcleo preferido para el emigrante, por su actividad portuaria, mercantil y hasta militar. Sin embargo la sociedad cubana era en 1898 eminentemente rural, y a la vez una sociedad analfabeta (63%), en la que las mujeres curiosamente, jugaron un papel activo en los cuadros ocupacionales de la industria.

Algo explicable por el trabajo de cigarreras, liadoras y cortadoras en las manufacturas del tabaco. Mujeres negras y mulatas, que salvando la época en la que nos situamos, han representado, como ocurre hoy mismo en Cuba, una mano de obra específica, recreada por varios literatos y muy especialmente en las vivencias relatadas por un joven emigrante en Cuba que no fue otro sino Ramiro de Maeztu. Nuestro ilustre vitoriano asumió bien joven "el oficio de lector" en las manufacturas tabaqueras.

Un oficio existente, aun hoy mismo, en la Cuba de este 2003. Según narraba Maeztu, gracias a su iniciativa innovadora, lo mismo les leía la más naturalista de las novelas de Honoré de Balzac, que las noticias más representativas de los diarios cubanos allí publicados, con el deseo de que aquellas sensibles cubanas se ilustraran, mientras desempeñaban su monótono trabajo.

Como decía,⁽¹⁾ el bloqueo de los yankees el 21 de abril de 1898 empeoró aún más la situación para la población civil de La Habana, afectando sobre todo a las clases más bajas; por lo que aumentó la marginalidad y la prostitución. Un 80% de las "guabinas" (prostitutas entonces) eran cubanas y la mitad de las mismas eran menores de 20 años.

En esta coyuntura difícil, la Asociación todavía tendría mayor razón de ser. Mantuvo reglamentos y fines: «*Amor a Euskaria y voluntad de socorrer al desvalido*», costeano la cada vez más frecuente mortandad y sufragando nuevas repatriaciones.

La "Memoria" de 1898 indica que: «*el deber ineludible que tenemos de contribuir moral y material al bienestar social de todos los vasconavarros residentes es algo innato de nuestra Asociación. Es difícil pero lo afrontamos*».

Efectivamente, los 578 socios existentes en este momento en la Asociación expresaban a la Comisión directiva, que la colonia vasca en la capital aun podría incrementarse con otros 700 vascos residentes, no afiliados, que según se computa para una población existente en la capital, de 235.981 habitantes, permite evaluar a la comunidad vasco-navarra de La Habana como cuantitativamente reducida (0,54 %), aunque cualitativamente muy relevante.

(1) La Habana concentraba a comerciantes y transportistas; los emigrantes destacaban como cantineros, dependientes, comerciantes de tipo medio o al por menor, y existía también amplia variedad de sirvientes y servicio doméstico. Las ocupaciones más calificadas eran banqueros, abogados, arquitectos, clérigos, funcionarios y militares, hacendados y plantadores, médicos, maestros y hombres de ciencia, periodistas y artistas.

El 98 en la capital ofreció a todos ellos «*años de calamidad y efectos negativos por los horrores de la guerra*». Muchos habían emigrado a México —embarcando hacia Veracruz— y también hacia la península —Cádiz, Santander, Bilbao—, pero los más, soportaron como menciona la "Memoria" de la Asociación, la guerra y su finiquito.

La paralización de los negocios, la escasez de trabajo, la depreciación de la moneda en uso, la carestía en los productos de uso cotidiano básico (pan, leche, arroz, frijoles, tasajo) y su acaparación.

Además de las enfermedades, y los numerosos fallecimientos..., todos estos factores implicaron a la sociedad cubana en general y a la misma Asociación que se dolía de la baja y merma de socios y lógicamente de las cuotas y traía el condicionante que esto provocaba para los fines solidarios de su actuación en Cuba.

La captación de nuevos asociados, por la obligación moral de haber nacido en "suelo vasco", luchaba contra «apáticos, indiferentes o descañados», tal y como ellos los califican; con claves identificables de un sentimiento ya quasi nacionalista. De igual forma, se anunció una sustancial rebaja de la cuota, (medio peso de plata mensual) «que cualquier pobre puede dar sin sufrir privaciones». Sorprendentemente, la Asociación vasco-navarra se manifestaba optimista y creía en la paz y en su propia supervivencia. Esta convicción se tradujo en un esfuerzo organizativo que casi siempre recurrió al ardid de la tauromaquia, como espectáculo público que les proporcionaría pingües beneficios para sus objetivos sociales. Organizaron dos corridas de toros más. La primera el 28 de noviembre de 1897, en la Plaza de Carlos III, y la segunda el 20 de febrero de 1898, en la plaza de Regla, en donde el torero guipuzcoano, el famoso Mazzantini y Eguía toreó a los astados con destacado éxito.

Aquellos beneficios, salvando gastos para la financiación del montaje del espectáculo taurino, se canalizaron para la compra de la capilla aneja al Panteón existente de la Asociación, denominado *Laurak Bat* en el cementerio Colón, que todavía hoy existe.

Entre otro orden de cosas, nos es conocida la buena relación con otras asociaciones hermanas de apoyo a los emigrantes de Cuba, y con el Casino español, que como era notorio, había tenido que cambiar de sede, dejando su magnífico edificio que fue ocupado por la Cámara de Representantes cubana desde 1898. Y ya finalmente, la Asociación, contando con 41 alaveses, 92 guipuzcoanos, 102 navarros, 284 vizcainos, 17 vascofranceses, 13 cubanos y 9 socios de otras provincias, apostaron por la victoria contra los que denominaban «*yankee invasor*».

El Tratado de París con sus 17 artículos, sellado el 10 de diciembre de 1898 entre el gobierno de los EE.UU. y el de España, no tuvo representación de ningún tipo, ni por parte cubana, ni filipina. Hizo ceder la Isla de Cuba, y evidencia la nueva etapa que se abriría en el reparto territorial a nivel mundial. La guerra de independencia cubana iniciada el 24 de febrero de 1898 llegaba a su fin, y con ella, 400 años de dominación española. Despojaba a España de sus últimos vestigios coloniales. Sin embargo la ocupación militar norteamericana logró la desintegración del ejército libertador cubano, bajo el mando del general Gómez, la disolución de la Asamblea de representantes, y la neutralización del Partido

revolucionario cubano, creado por José Martí y presidido entonces por Estrada Palma.

Al control político siguió el económico y la colaboración de cubanos y españoles, comerciantes, plantadores, y destacados autonomistas con los norteamericanos. Esta situación inauguró una etapa de ocupación militar, pese a la imagen de liberación nacional que quiso dársele. Para los cubanos, el español había sido su enemigo hasta ayer, y en aquellos momentos conviviría con él en plano de total igualdad. Para el español, la presencia *yanqui* implicaba seguridad ante las posibles contingencias revanchistas de los independentistas cubanos. Sin embargo, pese a todo, hubo enfrentamientos y rivalidad, lo cual obligó a las numerosas Asociaciones existentes a defender los intereses de los españoles en la Isla, asumiendo un nuevo rol.

El año 1899 selló la reconciliación y la voluntad común de construir la unidad nacional cubana. El asociacionismo de viejo cuño logró adaptarse a la nueva sociedad mientras duró la ocupación militar, y durante la República cubana de 1901. Sus móviles humanitarios y de solidaridad, además de potenciar al máximo la atención a los enfermos y desfavorecidos, dio señales de acogida al emigrante que volvería a llegar a comienzos del nuevo siglo tras la suspensión del flujo migratorio que había significado la Guerra hispanonorteamericana.

Las asociaciones vascas facilitaron claramente el acceso al emigrante, a pesar de las nuevas directrices cubano-norteamericanas en política migratoria.

Así lo asumió **la Asociación Vasconavarra**, con fines perseverantes de beneficencia, repatriación y atención a los enfermos. De hecho sus asociados en 1920 ascienden a 722 socios, con un predominio de vizcainos, 446, lo que patentiza una evidente recuperación de sus asociados tras la estabilización de la llegada de emigrantes vascos en este tiempo por diversos factores en los que ahora no podemos entrar a detalle.

La continuidad de su historia se refrenda al contrastar su propia "*Memoria*" de 1927 en la que muy sinópticamente se recoge cómo al cumplirse sus 50 años de historia en 1927, se habían desarrollado celebraciones, misa solemne y banquete en "La Tropical" en Puentes Grandes y contaba con un total de 447 socios.

Su vigencia parece que se mantuvo hasta por lo menos el 25 de julio de 1948. En este año precisamente se renovaron artículos de su Reglamento, ahora compuesto de 89 artículos, que determinaron entre aspectos fundamentales de tradicional contenido benefactor y de unión vasconavarra, objetivos y normas por el que regirse como otros aspectos importantes, en función de una posible disolución de la Asociación. Por ejemplo merece la pena destacar que en 1948 se sigue manteniendo a *«la Virgen de Begoña como Patrona»*, consagrando el día que la directiva acordase una función religiosa solemne en honor a la *Amatxu*. También se nos informa que poseyendo la Asociación por donativo realizado de antiguo por los socios, una imagen de la *«Virgen de Begoña»*, se especifica, que según las leyes de la Nación cubana en 1948, se debía hacer constancia en los reglamentos, sobre la aplicación que debía darse a las propiedades y capital que poseían las sociedades en Cuba en caso de posible disolución. Por tal motivo se acuerda, que el capital con que se cuente llegado el momento de la extinción: *«se dividirá en cinco partes iguales entre las provincias de Alava, Guipúzcoa, Navarra, Vizcaya y La Habana con el fin de entregar una a cada una de las Diputaciones provinciales y forales de las mismas, cuyas corporaciones destinen la cantidad en los establecimientos benéficos más convenientes»*. Igualmente se determina en el artículo 85-2º, *«que los estandartes de las provincias y los trajes de portafueros, reyes de armas, alguaciles y otros efectos»* se remitirán igualmente a las Diputaciones vascas, *«el del Laurak Bat al alcalde de Guernica y el Vasco-Francés»* se entregará a los socios *«vascofranceses residentes en La Habana»*. *«La imagen de la Virgen de Begoña»*, pasará a ser *«propiedad de los Padres Jesuitas del Real Colegio de Belén de La Habana»*⁽²⁾. Y el Panteón de la Asociación existente en el cementerio Colón, llamado Laurak Bat, se consideró propiedad de la colonia Vasconavarra y quedaría a cargo de una comisión formada de la última Junta Directiva, *«quienes estimarán las reglas para el futuro*

(2) Sobre "la Amatxu de Begoña" cabe decir que existe hoy una talla en la iglesia de San Francisco de Asís entre las calles Cuba y Amargura —pleno corazón viejo de la capital—. La imagen de madera fue esculpida por el escultor Guraya. Está situada en un altar protegida por una urna de cristal. El altar es obra de 1955 realizada por Martínez Andrés un pintor cubano a petición de la Asociación Vasconavarra de Beneficencia. Además los frescos reproducen los escudos de Vizcaya, Navarra, Guipúzcoa y Alava, consta también de reproducciones coloristas del Arbol de Gernika, y de la Basílica de Begoña en Bilbao.

enterramiento en el lugar y hasta tanto se constituya nueva Asociación Eúskara de cualquier género que sea, pero bajo las bases benéficas, en cuyo caso la nueva Sociedad se hará cargo del Panteón».

Esta institución, más que centenaria, dio pruebas fehacientes del importante papel llevado a cabo por el Asociacionismo vasco-cubano desde sus orígenes en 1877. De aquella semilla nacería en 1908 el **Centro Euskaro de la Habana**, a instancias de D. Pedro Orúe y otros entusiastas vascos, con la intención de mantener la identidad vasca y el amor a la tierra. La institución surgió con objetivos aglutinadores: sociales, culturales y benéficos. Así lo señala su lema "Gustiak-Bat" (Todos Uno).

EL CENTRO EUSKARO DE LA HABANA

«Pues no podemos creer que al llegar a las Américas degeneramos nuestra unión, que el patriotismo desaparezca, así como también el amor a la tierra natal.»

Memoria del Centro Euskaro. Primer año social.
1909-1910.

La idea de crear un Centro que además de unión de los vascos en La Habana fuera de «recreo y asistencia sanitaria» en donde «los corazones vascongados pudieran tener una grata expansión y ser asistidos de sus enfermedades» fue primeramente debatido en la Junta de la Asociación Vasconavarra de Beneficencia en 1908. Esta propuesta fue debida a la voluntad de varios vascos residentes en la capital de la Isla que respaldaron la feliz idea de D. Pedro Orúe y Gorostiaga, entusiasta fundador que desgraciadamente falleció tempranamente, en 1911 y que «luchó denodadamente por formar un solo cuerpo social de la colonia vascongada sin distinción de ideas ni categorías». La idea de crear una nueva asociación fue apoyada por D. Luis de Muguerza eminente vasco residente también en La Habana. De esta forma quedaba impulsado un nuevo modelo social en la capital cubana.

El Centro Euskaro nacido reglamentariamente desde el 27 de septiembre de 1908 en la reunión celebrada en el frontón Jai-Alai de La Habana, fue aprobado por el gobernador de la provincia el 5 de octubre de 1908. Se inauguró oficialmente el 22 de noviembre del mismo año en un edificio de planta baja, de construcción colonial típicamente cubana situado en Prado 92. Un edificio y terreno que en 1911 correspondía en propiedad a Guillermo de Zaldu, quien a su vez vendió la casa y el terreno colindante en la misma fecha al Casino Español de La Habana «*para la construcción de un soberbio edificio*». Desde 1911 el Centro Euskaro ocupó una casa con alquiler de 106 pesos en Neptuno, nº 60, «*punto céntrico y concurrido por cuyas calles cruzan constantemente los tranvías para todos los sitios de la ciudad*».

El Centro Euskaro nacido en 1908 «*sin recursos*» pero «*con buena fe y voluntad*» fue apadrinado en acto solemne por el embajador D. Ramón Gaytán de Ayala, vizcaino ilustre y «*ministro plenipotenciario de España en Cuba*» y por su esposa D^a Guadalupe Hompanera. El acto se desarrolló con la bendición de estandartes y banderas por parte del presbítero Félix C. Aparicio, párroco de San Antonio de los Baños en representación del Obispo de La Habana, arrojando dicha solemnidad el colectivo social vasco vinculado al Centro.

Para que el Centro fuera una realidad física, las memorias nos detallan que cada Vocal de las diversas Secciones creadas, abonó por adelantado un año de cuota social y dos mensualidades el resto de los asociados; esta medida de esfuerzo económico estaba destinada a emprender trabajos de instalación, compra de mobiliario y todas las comodidades y necesidades del nuevo Centro vasco, cuya sede se situó hasta 1911 en Prado 92 mediante un arrendamiento como hemos indicado. Este desembolso considerable puede hacernos interpretar que una mayoría de los vascos vinculados, indudablemente mantenían un status socio-económico más que notable para poder realizar el considerable desembolso inicial en esta primera andadura del Centro.

Una de las intenciones que guiaba a los principales fundadores: Pedro Orúe, Manuel Otaduy, Luis de Muguerza, Cesáreo García Zabala, Braulio Larrazabal y otros, fue primeramente la de constituir «*la auténtica Casa de los Vascones residentes en toda la Isla*», pero además fue muy decisivo entre sus objetivos fundacionales la propuesta de cons-

trucción de una «*quinta de salud propia*» a la que determinaron apelar en el futuro “Quinta de La Virgen de Begoña” por ser en honor de «*la excelsa patrona vascongada*». Según nos consta parece que ya existía un contrato desde 1908 con la Quinta Balear, la antigua Casa de salud apelada “Quinta del Rey”, para la atención médica y sanitaria de los vascongados con recursos, sin recursos y enfermos. Esta asistencia sanitaria en 1911 suponía el pago de 50 centavos mensuales por cada socio del Centro. Por tanto la unión, beneficencia y colaboración les condujo igualmente a hacer del Centro Vasco un lugar de apoyo benéfico muy costoso que reclamaba nuevas afiliaciones. Así debe entenderse lo que expresan en 1909:

«Empezada la obra, unión, concordia, voluntad y buena administración, lo que se necesita es que todos los vascongados se asocien y la ayuden haciendo la debida propaganda... Llamamos a todos los vascongados y a sus descendientes ya que por sus venas corre sangre euskara y a todos los que con esta noble raza simpatizan para que se decidan a engrosar las filas de sus hermanos, sostenedores del Centro... no sean tráfugas, acudan voluntariamente a nuestro seno, nada les impide ingresar a la nuestra elevándola a la altura digna de los nobles hijos de Alava, Guipúzcoa, Navarra, Vizcaya y Vascofrancesas. Eso es amor patrio y por él estamos obligados a ayudar al Centro Euskaro y a su directiva».

La sociedad mantuvo un estrecho hermanamiento con la Asociación Vasconavarra de Beneficencia de La Habana de tanto prestigio desde 1877 entre el colectivo vasco en la Isla gracias a sus fines benéfico-religiosos. A la institución se le concede gratuitamente el local necesario para la instalación de su secretaría, además de nombrar Vocales natos del Centro Euskaro a su Presidente y al Secretario. Igualmente observamos cómo se manifiestan a lo largo de su historia lazos de hermandad con las restantes Sociedades y Centros: Gallego, Canario, Casino Español de La Habana así como con las asociaciones hermanas latinoamericanas de México, Buenos Aires, Chile, Montevideo...

La Junta Directiva en 1908-1910 estuvo compuesta en la «*Presidencia de honor*» por D. Ramón Gaytán de Ayala, embajador de España en Cuba y por el «*Presidente efectivo*» D. Pedro de Orúe y Gorostiaga —un vizcaino al que merece la pena dedicar un estudio por-

menorizado para profundizar en su biografía—. El «primer Vicepresidente» fue Braulio Larrazabal y el «2º Vicepresidente» era Claudio Delgado. Como «Secretario» Gumersindo Saenz de Calahorra y «Vicesecretario» Luis Ucelay. «Tesorero» Cipriano Echavarri y «Vicetesorero» Rafael Amavizcar. Como «vocales» Justo Achútegui, Claudio Aldereguia, Francisco Alvarez Arkautz, Manuel Goirigolzarri, etc. hasta un total de «30 vocales».

El Centro Euskaro tras 15 meses de existencia obtuvo la nada despreciable cifra de 601 socios, cifra que he computado de la lista alfabética de vinculados al Centro en 1910, y que reproduce íntegramente la «Memoria» conservada de 1910, además de detallar los respectivos domicilios de los socios en La Habana. Igualmente conocemos que el Centro había originado para su mejor funcionamiento diversas «Secciones» además de potenciar a la Junta Directiva, presidida desde 1908 por Pedro de Orúe.

Las «secciones» constituidas fueron cinco, siendo las siguientes:

«Sección de intereses morales y materiales» a cuyo frente se situó Braulio Larrazabal con secretario y 5 vocales.

«Sección de Recreo y adorno», cargo asumido por Rafael Amavizcar con secretario mas 24 vocales.

«Sección de Asistencia Sanitaria». De especial interés para los asociados, pues se disponía gratuitamente de asistencia médica en La Quinta «La Balear» en Calzada de Cristina nº 38, con un servicio de cirujanos, oftalmólogos, dentistas, etc. Además de promover el convenio con la farmacia de Prado 115 para expender recetas necesarias.

Parece ser que las quejas sobre la asistencia médica algo irregular por denuncia de varios socios, originó otro proyecto de asistencia en colaboración con la Asociación Vasconavarra de La Habana con «la Quinta La Benéfica», dependiente del Centro Gallego, y en calidad de pensionistas a un precio convenido oportunamente. Por lo que hemos investigado en las fuentes, el mantenimiento del contrato de La Balear absorbía la tercera parte de las cuotas sociales en 1910, por lo que según recomendaban los socios, se debía contemplar necesariamente la idea de crear una Quinta propia como Casa de salud de los vascocubanos o sus-

pende todo contrato de asistencia que empobrecía considerablemente los recursos del Centro. Nos consta que el 1 de agosto de 1911 se suprimió todo contrato sanitario. Lo que implicó la asistencia desinteresada para los pobres o sin medios, obtenida de facultativos de origen vasconavarro en La Habana.

«*Sección de Propaganda*». A su frente Luis Ucelay, junto al vicepresidente y secretario más 28 vocales. Una labor que se impulsó notablemente con motivo de recabar mayor número de afiliaciones no sólo en la capital de Cuba sino en toda la Isla.

«*Sección de Filarmonía*». En donde su Presidente Francisco Basterrechea y Domingo Arruza como vicepresidente potenciaron la creación de un Orfeón, cuya dirección musical asumió el Carmelita P. Alzola y obtuvo reconocimiento social junto a varios premios.

Dada la limitación de tiempo y espacio al que debemos ceñirnos, debo destacar sólo algunas actividades desplegadas por los vinculados al Centro. Cabe reseñar una lista importante de actuaciones. Primeramente quiero destacar cómo el **Centro Euskaro** obtuvo mediante contactos y buena relación social de los vocales del Centro la obtención de empleo para 30 marinos sin trabajo en la empresa de un asociado. Igualmente se implicó en obtener información de los emigrantes de origen vascongado que arribaban al puerto de La Habana, para su consabido cómputo orientativo como pauta de contraste con las cifras del Departamento de Inmigración. Suscribió ayudas económicas a través de la Cruz Roja para «*la inicua guerra de España con los kábilas salvajes de Africa*». Potenció adhesiones al escritor vasco cubano Sr. Aramburu, simpatizante de la historia y tradiciones vascas «*que promovía la causa foral vasca*» a través de sus artículos en la prensa cubana. Igualmente cabe destacar las adhesiones que el Centro promueve para el reconocimiento del célebre obispo de Cuba en el siglo XVIII J. José Díaz de Espada y Landa, alavés ilustre, a quien como benefactor de la Isla se pretendió erigir una estatua conmemorativa próxima a la Quinta Virgen de Begoña de futura construcción. En el capítulo de “sociabilidad” me gustaría destacar el homenaje y banquete de despedida preparado en los salones del Centro Euskaro para la despedida del embajador Gaytán de Ayala, ascendido en su carrera diplomática, quien precisamente debía regresar con su esposa a España (por cuestación popular de los socios recibe un alfiler de oro

con el escudo de la Asociación). Un homenaje merecido por su destacada vinculación al Centro desde su inauguración oficial.

Igualmente consta la adhesión del Centro mediante cablegrama y representación del Sr. Otaduy que regresaba a Bilbao por aquellas fechas, para la representación de los vascocubanos en los homenajes desarrollados en honor de D. Evaristo de Churrua, Conde de Motrico, ingeniero autor del Puerto Exterior de Bilbao.

Entre otras cuestiones en el ámbito de la cultura, ocio y sociabilidad cabe reseñar la dotación realizada por la Diputación Vizcaina y el Centro Navarro de un importante número de volúmenes de historia y tradiciones vascas para la Biblioteca del Centro, junto a la continuidad de suscripción de periódicos cubanos, españoles y vascos como *"El Fígaro"*, *"La Unión Española"*, *"La Discusión"*, *"Cuba"*, *"La Vida"*, *"El Comercio"*, *"Diario de la Marina"*, *"Cuba"* y *"América"*, además de la revista *"Novedades de San Sebastián"*, junto a la suscripción de periódicos vascos y españoles a través del Sr. Elizburu.

Al finalizar el año 1910 el Centro Euskaro de La Habana había conseguido instalar una filial en Bolondrón, e igualmente poseía un saldo a su favor de 2.403 pesos, 41 centavos de oro en su primer año de ejercicio, lo que implicaba una gran satisfacción para los afiliados y la gestión de su Junta Directiva.

Su papel junto a la Asociación Vasconavarra de Beneficencia perduraría hasta prácticamente 1959 lo que hace reconocer a ambas asociaciones como entidades de una historia plena de actuaciones y continuidad práctica; su desaparición fue debida por tanto a la normativa dictada por el gobierno revolucionario cubano desde 1959 para las asociaciones existentes en la Isla.

CONCLUSIÓN

Permítaseme concluir diciendo que, hoy, con la perspectiva de la relación comercial que desde el mismo año de 1998 reinauguró el *Lehendakari* Ardanza, y está promoviendo actualmente la Secretaria General de Acción Exterior del Gobierno Vasco adscrita al Departamento de Presidencia del *Lehendakari* Ibarretxe, sería de agradecer un renovado protagonismo del Centro Vasco, ubicado hoy en el barrio del Vedado.

Igualmente me gustaría destacar, cómo la colectividad vasca en este mundo globalizado necesita consolidarse como un bloque firme y unido para una existencia fructífera de objetivos comunes y renovados en pleno siglo XXI. Es necesario por tanto hoy más que nunca sembrar la nueva semilla pero igualmente mantener lo conseguido en América. Como la Historia ha demostrado se pueden conducir al éxito metas y objetivos comunes, sin pensar en qué es lo que separa sino en lo que une. De esta forma, muchos de los Centros Vascos existentes en todo el mundo, pero esencialmente los de Latinoamérica pese a sus múltiples dificultades, tendrán un nuevo futuro. Según planteaba W. Douglas oportunamente en el Congreso de Vitoria de 1995, los Centros Vascos siguen teniendo grandes posibilidades, si se adaptan a las nuevas realidades sociopolíticas y económicas de sus países. Como han remarcado representantes vascoamericanos en las Jornadas y Congresos dedicados a los Centros Vascos del Mundo, difícilmente perdurarán si se basan exclusivamente en símbolos de su creación —recuerdos a veces folklóricos y nostálgicos de un País Vasco lejano en el tiempo de sus antepasados—. Actualmente no se aboga por el abandono de la simbología ni de la misma identidad social, pues forma parte de la tradición histórica, pero en el futuro es incuestionable de nuevo, valorar unidad junto a renovación. Una unidad con objetivos comunes, prácticos y actualizados para la comunidad donde se asientan dichos Centros Vascos y *Euskaletxeak*.

Hemos asistido en este recorrido histórico que he realizado, a la demostración de cómo la unión, la identidad social, la cohesión de objetivos, además del apoyo al emigrante y al exiliado han sido de un enorme significado para los vascos en América a través de la Historia. Así constan por tanto para la Historia valores manifestados en los estatutos

de la mayoría de los modelos asociativos de los vascos en América. Hoy, las nuevas generaciones de vascoamericanos tienen la palabra y los referentes. Siguen afirmando muchos de ellos hallarse motivados por la cultura y el sentimiento de origen, aunque ciertamente lo sensibilizan mucho más lejano. Desde una lectura actualizada, las Instituciones de Euskalherria y los Centros vascoamericanos pueden asumir hoy ser el cauce de embajadas culturales de Euskalherria, al mantener y promover la cultura vasca a la vez que asumen ser instrumentos de unión y colaboración. Los Centros en América han manifestado su temor de extinción por la falta de atracción de los jóvenes a estas instituciones vascoamericanas, además de explicarse por las dificultades socioeconómicas que atraviesan las naciones latinoamericanas en la actualidad. Merece la pena tomar por tanto otras alternativas que permitan nuevos proyectos de futuro que impliquen a las nuevas generaciones. Esta propuesta de futuro ha sido recientemente promovida, a través de un ambicioso proyecto del Gobierno Vasco que facultará en el País Vasco la formación profesional de un importante número de jóvenes vascoargentinos y uruguayos que llegarán a Euzkadi para realizar sus estudios de capacitación profesional y especialización. Igualmente me consta que el propio Gobierno Vasco ha destinado un presupuesto de más de 21 millones de euros en la organización del futuro III Congreso de Colectividades Vascas en donde nuevamente se plantearán debates y soluciones para el futuro asociativo.

Recientemente Alberto Irigoyen uruguayo desde el otro lado del Atlántico, escribía lo siguiente: *«Si nuestra identidad merece ser salvada, lo será en la medida en que se integre al quehacer cotidiano; lo será en la medida en que sea útil para alguien; lo será en la medida en que se gane el respeto del resto de la sociedad».*

Unas palabras de futuro que han encontrado eco y sensibilidad además de apoyo con el mismo Gobierno Vasco, el Parlamento de Vitoria y la Ley de Relaciones con la Colectividades vascas, mediante el cual se reciben importantes subvenciones al otro lado del Atlántico.

Traemos en esta última reflexión sobre el modelo asociativo vascoamericano en la actualidad, un pequeño fragmento que se ha recogido de las palabras del ex *Lehendakari* Ardanza en el discurso de apertura del Congreso Mundial de Centros Vascos celebrado en Vitoria-Gasteiz

en 1995, unas palabras de plena actualidad cuando está próxima la convocatoria del III Congreso Internacional de Colectividades vascas y la reciente visita del *Lehendakari* Ibarretxe a Chile y Argentina. La cita dice así y sirve de punto final a nuestra Lección de Ingreso:

«Al haber sabido combinar firmeza de voluntad con adaptabilidad, habéis logrado hacer compatibles el mantenimiento del recuerdo de vuestros orígenes y el desarrollo de una nueva lealtad hacia otras pertenencias adquiridas con posterioridad. Más aún, habéis conseguido que la firmeza de vuestra voluntad, lejos de erigirse en causa de marginación y en obstáculo insalvable para vuestra integración en el nuevo entorno, se haya convertido en aportación valiosísima al crisol en que se han fundido las nuevas culturas en que os habéis integrado».

Muchas gracias por su atención.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

"Memorias" de la Asociación Laurak Bat de Buenos Aires 1880-1992.

"Memorias" de la Asociación Vasconavarra de Beneficencia de La Habana. 1888-1948.

"Memorias" del Centro Euskaro de La Habana. 1909-1911-1920-1923-1934-1948.

"Reglamentos" y papeles varios.

"Un recuerdo". Santiago Ibarra. Testimonio escrito en 1952.

"La Baskonia". 1883-1942.

"Boletín" de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País.

ASTIGARRAGA, A. "Abertzales en América". Bilbao (s.l.).

AZCONA, J. M. "Historia de la emigración vasca a Argentina y Uruguay en el S. XIX". Vitoria 1992.

AZCONA J. M., GARCÍA ALBI, I., MURU, F. "Historia de la emigración vasca al Uruguay". Montevideo 1996.

BAKEWELL, P. "Minería y sociedad en el México colonial. Zacatecas 1546-1646". México 1976.

BAHAMONDE, A., CAYUELA, J. "Hacer las Américas". Madrid 1992.

BERIAIN, J. "La identidad colectiva: vascos y navarros". Prólogo de A. Ortiz Osés. Alegia, Gipuzkoa 1998.

BILBAO, J., DOUGLAS, W. "Amerikanuak. Los vascos en el Nuevo Mundo". Bilbao 1986.

BORCHART DE MORENO, CH. "Los mercaderes y el capitalismo en México 1759-1778". México 1984.

BRADING, D. "Mineros y comerciantes en el México borbónico. 1763-1810". México 1975.

CAVA MESA, B. "Sociedad Laurak Bat de Buenos Aires. 1876-1992". Vitoria 1992.

"El asociacionismo vasco en Argentina y la política cultural" en *"Emigración y redes sociales de los vascos en América"*. VI Congreso Internacional de Americanistas. Vitoria 1996.

"Laurak Bat de Buenos Aires y Asociación Vasconavarra de La Habana" en *"Euskaldunak Munduan"*. Vitoria 2000.

CARO BAROJA, J. *"Los vascos"*. Madrid, 1958.

"Ser o no ser vasco". Madrid 1998.

"Problemas vascos de ayer y de hoy". San Sebastián 1986.

III CONGRESO ARGENTINO DE AMERICANISTAS. Actas. Buenos Aires 1999.

EIRAS ROEL (Ed.) *"La emigración española a Ultramar. (1492-1914)"*. Madrid 1990.

GARCÍA AYLUARDO, C., RAMOS MEDINA, M. *"Manifestaciones religiosas en el mundo colonial americano"*. México 1992.

GARCÍA FUENTES, L. *"Sevilla, los vascos y América"*. Fundación BBV, Bilbao 1991.

"Los peruleros y el comercio de Sevilla con las Indias (1580-1630)". Sevilla 1997.

GARMENDIA J. A. *"Vascos en Cádiz (siglos XVII-XVIII)"*. San Sebastián 1986.

"Cádiz, los Vascos y la carrera de Indias".

GONZALBO, P. (coordinador) *"Familias novohispanas. S.XVI al S. XIX"*. México 1991.

LANGHE, F. *"Los señores de Zacatecas. Una aristocracia minera del siglo XVIII novohispano"*.

LHANDE, P. *"L'emigration basque"*. Donostia 1998.

LUQUE, E. *"La cofradía de Aránzazu de México 1691-1799"*, Pamplona 1995.

MARTÍNEZ LÓPEZ-CANO, P., VON WOBESER, G., MUÑOZ, J. (coordinadores) *"Cofradías, capellanías y obras pías en América colonial"*. México 1999.

MURIEL DE LA TORRE, J., ROMANDIA DE CANTU, G. "Los vascos en México y su Colegio de las Vizcainas". México 1987.

ROSS, S.R., MC. GANN, Th. F. (ed.) "Buenos Aires 400 Años". México 1985.

RUIZ DE AZÚA, E. "Vascongadas y América". Madrid 1992.

SÁNCHEZ ALBORNOZ, N. "Españoles hacia América. 1880-1930". Madrid 1984.

I-II-III-IV-V, SEMINARIOS DE HISTORIA DE LA REAL SOCIEDAD BASCONGADA DE LOS AMIGOS DEL PAÍS. Ponencias y comunicaciones.

SOCOLOW, S. "Los mercaderes del Buenos Aires virreinal: familia y comercio". Buenos Aires 1991.

TELLECHEA IDIGORAS J. I. "La ilustración vasca". Vitoria-Gasteiz 1987.

Bibliografía sobre la R.S.B.A.P. II Centenario de la muerte del fundador de la R.S.B.A.P. San Sebastián 1985.

TELLECHEA, J. I., GARATE, J. "El Colegio de las Vizcainas de México y el Real Seminario de Vergara". Vitoria 1992.

TORALES, M^a C. "Ilustrados en Nueva España". México 2001.

URIA, J. I. "Los Amigos del País". Bilbao 1998.

VV.AA. "La Real Sociedad Bascongada y América". Donostia 1992.

VV.AA. "Los Vascos en las regiones de México". Actas -1996-2000-.

VV.AA. "Euskalherria y el Nuevo Mundo". Actas del VI Congreso de Americanistas. Vitoria 1996. 3 Vols.

VV.AA. "Presencia vasca en América. Euskal presentzia Ameriketetan". Vitoria 1992.

VV.AA. "Los Vascos y América. Ideas, Hechos, Hombres". Madrid 1990.

VV.AA. "Potosí. Plata para Europa". Sevilla 2000.

PALABRAS DE RECEPCIÓN Y PRESENTACIÓN

Pronunciadas por

XABIER OLEAGA

Señor Presidente de la Comisión de Bizkaia, queridos Amigos, Señoras y Señores:

Antes que nada quiero manifestarle mi enhorabuena a la nueva Amiga de Número por la lección de ingreso impartida y expresar mi gran satisfacción por intervenir en nombre de esta Comisión de Bizkaia de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, para la recepción como AMIGA DE NUMERO de la supernumeraria Doctora Begoña Cava Mesa.

Cumplo con particular agrado el honoroso encargo de recibirla esta tarde, tras escuchar su elaborada lección histórica de la que más tarde haré una breve referencia. Por lo tanto, paso primeramente a ceñirme a la liturgia propia de estas ceremonias de ingreso, esbozando un breve *curriculum* de Begoña Cava como historiadora y docente.

Muchos somos los Amigos de la Bascongada, pero pocos quienes pertenecen a la misma con calidad de Número, pues tal calificación deben alcanzarla personas significativas y destacadas cuya profesionalidad y entrega ennoblezcan a la Sociedad.

En este sentido quiero dejar constancia hoy, por una parte, de la personalidad de la nueva Amiga de Número, y por otra de su labor meritoria como historiadora comunicando a los lectores sus conocimientos e investigaciones, además de señalar su estrecha dedicación a la Real

Sociedad Bascongada, que se une a su condición de Vocal de la Junta Rectora de la Comisión de Bizkaia.

La bilbaina Begoña Cava cursó sus estudios universitarios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Deusto en la especialidad de Historia Moderna y Contemporánea, alcanzando las máximas calificaciones en los grados de Licenciatura y posteriormente en su propio Doctorado, pudiendo con ello dispensar enseñanza en la misma Universidad de Deusto a la que sigue vinculada desde hace más de 25 años.

Su labor de enseñanza en la Licenciatura de Historia me consta fehacientemente ya que ha sido muy estimada por numerosos alumnos de diversas promociones académicas. Su docencia y Titularidad se concretan especialmente a las áreas temáticas de la Cátedra de Historia de América; imparte Historia en la etapa Colonial, Historia Contemporánea, Latinoamérica en la actualidad e Historia de los Estados Unidos de América.

Un ejercicio profesional que se ha extendido a los Estudios de Postgrado y de Tercer Ciclo en la misma Facultad de Filosofía y Letras, así como me consta su vinculación estrecha a los Cursos del Instituto de Estudios de Ocio y de la Cátedra UNESCO para América Latina en la misma Universidad.

Como Titular docente ha dirigido y coordina hoy mismo varias tesis y Tesis doctorales, que han merecido óptimas calificaciones. Igualmente ha participado en numerosos Congresos nacionales e internacionales como evidencia su *curriculum vitae*, que no puedo desarrollar ahora extensamente, pero que remarca su condición de investigadora de la Historia y su evidente preparación metodológica.

Ha participado así mismo en funciones de representación del profesorado en las Juntas y Consejo de Facultad de la Facultad de Filosofía y Letras en Deusto; igualmente pertenece a numerosas Asociaciones científicas, entre las que puedo destacar: La Asociación de Americanistas Nacional e Internacional desde su fundación en 1983, la Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos, Asociación Internacional de Estudios del Pacífico, Asociación Alonso de Ercilla, y finalmente citaré a la Society of Basque Studios in América entre otras. Creo innecesaria

rio ahora referir sus conferencias y charlas relacionadas con temas históricos de interés.

Voy a intentar presentar ahora una aproximación a la trayectoria de la profesora Begoña Cava pero en razón a la limitación de tiempo trataré de resumir lo fundamental.

En su actividad como historiadora ha llegado a informar, formar y recrear a sus lectores con su meritoria labor de investigación. Me cabe distinguir en su labor científica tres campos temáticos: primeramente el relacionado con la Historia de la Orden de la Compañía de Jesús, en segundo lugar destaco su vinculación a La Historia de América y finalmente sus investigaciones de gran interés sobre la Historia de la Villa de Bilbao.

Sobre el primer campo, cabe destacarse las publicaciones monográficas y los artículos editados en Revistas especializadas, puedo citar por ejemplo: *“El Padre Francisco Rávago. Jesuita y Confesor de Fernando VI”* (Altamira, Santander 1975), *“La problemática del Tratado de Límites Americano de 1750 vista a través del Confesor real P. Rávago”* (Letras de Deusto, 1976); *“Los Jesuitas en Filipinas, el Katipunan y el Doctor Rizal, 1896”*. (Zaragoza, 1998); *“Misión de los Padres Jesuitas en el siglo XIX filipino. Memoria histórica del regreso a Mindanao y acción sociomisional”* (Madrid 2001).

En la óptica americanista se distinguen sus obras y artículos: *“Un proyecto modélico de realización comercial en el Virreinato Neogranadino”* (Estudios de Deusto, 1984), *“La acción anticontrabando de la Compañía Guipuzcoana de Caracas”* (Estudios de Deusto, 1984), *“Un curioso caso de espionaje en América a fines del siglo XVIII: el apresamiento del ex jesuita Godoy”* (Letras de Deusto), *“El País Vasco y su doble representación en la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929”* (Letras de Deusto, 1992). La monografía editada por el Gobierno Vasco: *“La Sociedad Laurak Bat de Buenos Aires. 1876-1992”*. Vitoria-Gasteiz 1992; *“El Asociacionismo vasco en Argentina y la política cultural del exilio”*. (Vitoria 1996); *“Rizal, ideólogo del nacionalismo filipino”* (Portugalete 1998); *“José Rizal, filipino del 98”* (Bilbao 1998); *“México en la vida y la obra del bilbaino Julio de Lazurtegui”* (Bilbao 1998); *“Vida cotidiana y sucesos históricos en el Sitio de Manila”*

durante la guerra hispanoamericana de 1898” (Las Palmas de Gran Canaria, 2000); “*Laurak Bat-Asociación Vasconavarra de La Habana*” (Gasteiz 2000); “*La guerra hispanoamericana y el testimonio escrito de los PP. Jesuitas de Manila*” (Madrid 2000).

Sus aportaciones sobre Bilbao y su historia son también dignas de tener muy en cuenta, pues sin duda contribuyen a un mayor conocimiento en parcelas inéditas de la historiografía sobre la Villa. Debo destacar igualmente que sus investigaciones además de amenas, sirven para todos aquellos que quieran conocer mejor a Bilbao en los siglos XIX y XX. Puedo destacar por tanto algunos de sus trabajos: Las monografías “*Historia del tranvía urbano en la Villa de Bilbao*” (Bilbao 1990), “*La singularidad histórica de un palacio en el Casco Viejo Bilbaino: La Bolsa*” (Bilbao 1992); “*Diego María de Gardoqui. Un bilbaino en la diplomacia del siglo XVIII*” (Bilbao 1992, en colaboración con su hermana M^a Jesús Cava), “*Irala-Iralabari*” (Bilbao 1999), “*Breve Historia del transporte urbano de Bilbao*” (Bilbao 2000), “*Navíos, Astilleros y Armadores bilbainos*” (Bilbao 1994), “*Vida cotidiana en Bilbao durante el Sitio carlista de 1874*” (Bilbao 1996), “*Flora gardoquiiana. A propósito del bilbaino Diego de Gardoqui*” (Letras de Deusto 1996); “*Bilbao 7 siglos siete claves de su Historia*” (Número extraordinario del periódico municipal “*Bilbao*”, conmemorativo del 700 Aniversario de Bilbao, 2000) “*Transportes de Bilbao: De la Sirga al Euskotran*” (Bilbao RSBAP-Biskaia, 2000), “*Recordando los tranvías de Bilbao*” (Bilbao 2000), “*El tranvía de Bilbao a Durango y Arratia*” (Bilbao 2000), “*Simón Bolívar en Bilbao. Un bicentenario a recordar*” (Bilbao 2000); “*Renace el tranvía en Bilbao*” (artículo en “*El Correo Español El pueblo Vasco*”, Bilbao 2002).

Quiero expresar de Begoña Cava, que he leído casi todos sus trabajos históricos sobre Bilbao y algunas otras publicaciones que no he citado para no alargar esta lista de méritos. Obras y artículos casi todos espléndidos, bien documentados y elaborados con sensibilidad y oficio de historiadora, por lo que recomiendo a los concurrentes a este acto y a los no concurrentes su lectura pues se hace francamente amena.

Pero debo resaltar en este acto de recepción como Amiga de Número, una de las facetas más destacables de Begoña, como es su dedicación, capacidad y vinculación a la Sociedad Bascongada, con el cumplimiento constante en su responsabilidad como Vocal de la Comisión

de Bizkaia. Su participación en las actividades de la Sociedad se ha desplegado en prácticamente casi todas las Comisiones participando en ciclos de conferencias. Por citar las fundamentales referiré las dictadas en la Delegación en Corte de Madrid en enero del 2000: "*Bilbao: De Villa mercantil a metrópoli cultural*", en colaboración con M^a Jesús Cava publicada en el 2000. En la Comisión de Gipuzkoa colaboró en 1998 con "*Los Vascos en Cuba y 1898*"; En el I Seminario Peñafloreda, desarrollado en Toulouse —diciembre de 2000— con su ponencia "*Un cursus jesuítico: La Ratio Studiorum*"; además de su intervención en las introducciones históricas y demás presentaciones académicas realizadas a los conferenciantes Amigos y profesores mexicanos, Dra. M^a Cristina Torales de la Universidad Iberoamericana de México (octubre de 2000) y al Dr. Jaime Olveda de la Universidad de Guadalajara (septiembre de 2002).

Quiero valorar igualmente su propuesta mediante correspondiente comunicación, en la reciente Asamblea de Hondarribia celebrada en el mes de noviembre de 2002, titulada "*Instituto Xabier María de Munibe de estudios del siglo XVIII. Claves y orientación*". Una propuesta con línea de actuación definida para el futuro de la investigación histórica, labor docente y de información actualizada sobre la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País. Un Instituto a ubicar físicamente en la sede y edificio del Palacio de Insausti, aunque de necesario funcionamiento y colaboración sin demora y de hermandad de acción de todas las Comisiones y Delegaciones de la Sociedad. Propuesta a la que se ha ofrecido la historiadora en estrecha colaboración para su constitución y desarrollo práctico.

Finalmente sólo me resta añadir que Begoña Cava con voz autorizada ha dictado su lección de ingreso que se verá íntegramente publicada en breve, demostrando históricamente el vínculo asociativo multiseccular de los Vascos en América desde los siglos XVI al siglo XX. Una relación impregnada de rasgos de identidad social que tiene mucho que ver con el amor y el vínculo de origen, los estilos de vida, la lengua y el sentimiento que ha confluído contemporáneamente en la realidad asociativa de los Centros Vascos en América y a escala mundial.

Todo lo dicho me conduce a volver a expresar mi enhorabuena a nuestra Amiga. El acto de hoy no sólo enaltece a la nueva Amiga de Número, sino a la propia Sociedad Bascongada por gozar entre sus

miembros a esta Doctora bilbaina que une a su calidad humana, su meritoria cualificación profesional como historiadora y su gran aprecio manifestado a la Bascongada. Amiga Begoña, a quien afortunadamente vamos a seguir promoviendo tu colaboración, tus iniciativas oportunas para la Sociedad, además de seguir disfrutando de sus publicaciones como resultado de las investigaciones que ya tiene en curso.

Mi enhorabuena a Begoña Cava y a todos Uds. Amigos y asistentes, muchas gracias por su atención.